

**ESPERANDO A
MISTER BOJANGLES**
**OLIVIER
BOURDEAUT**



Contenido

Portada

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Créditos

Olivier Bourdeaut

ESPERANDO A
MISTER BOJANGLES



*A mis padres,
por su paciencia y su comprensión,
testimonio cotidiano de su amor*

Hay gente que nunca pierde la cabeza.
Qué horrible debe de ser su vida...

CHARLES BUKOWSKI

Ésta es mi verdadera historia,
con mentiras a diestra y siniestra,
porque así suele ser la vida.

1

Mi padre me había contado que, antes de que yo naciera, se dedicaba a cazar moscas con un arpón. Me enseñó el arpón y una mosca aplastada.

—Lo dejé porque era muy difícil y estaba muy mal pagado —me explicó mientras volvía a guardar su antiguo material en una caja lacada—. Ahora monto talleres mecánicos. Trabajas mucho, pero te ganas muy bien la vida.

Al comienzo del curso escolar, durante las presentaciones que se hacen en las primeras clases, yo hablé, no sin orgullo, de los oficios de mi padre, pero sólo conseguí que me regañaran cariñosamente y se rieran un montón de mí.

«La verdad está mal considerada —pensé decepcionado—. Para una vez que era tan divertida como una mentira...»

En realidad, mi padre era un hombre de leyes.

—¡La ley nos da de comer! —decía, partiéndose de risa, mientras llenaba su pipa.

No era juez, ni diputado, ni notario, ni abogado ni nada por el estilo. Ejercía su actividad gracias a un amigo senador. Con información sobre las nuevas disposiciones legales obtenida en la propia fuente, se había lanzado a ejercer una nueva profesión creada de la nada por el senador. Nuevas normas, nuevo oficio. Así fue como se convirtió en «abridor de talleres». Para conseguir un parque automovilístico en condiciones y seguro, el senador había decidido imponer una inspección técnica a todo el mundo. En consecuencia, los propietarios de utilitarios, limusinas y toda clase de cacharros debían someter su vehículo a una revisión médica para evitar accidentes. Ricos o pobres, todos tenían que pasar por el aro. Y lógicamente, al ser obligatorio, mi padre facturaba mucho, muchísimo. Facturaba la ida y la vuelta, la visita y la contravisita, y, a juzgar por sus carcajadas, le iba la mar de bien.

—¡Salvo vidas, salvo vidas! —exclamaba riendo con la nariz metida en los extractos bancarios.

En aquella época, salvar vidas generaba mucho dinero. Después de abrir una cantidad enorme de talleres, se los vendió a un competidor, para alivio de

mamá, a la que no le gustaba demasiado que salvara vidas, pues lo obligaba a trabajar mucho y no lo veíamos casi nunca.

—Trabajo hasta tarde para poder dejarlo pronto —era la respuesta de mi padre, que a mí me costaba entender.

A papá me costaba entenderlo a menudo. Con los años, fui comprendiéndolo un poco más, pero nunca del todo. Ni falta que hacía.

Él me había dicho que era de nacimiento, pero yo enseguida supe que aquella marca cenicienta y un poco abultada a la derecha del labio inferior, que le daba una bonita sonrisa un poco torcida, se debía a su costumbre de fumar en pipa. Su peinado, con raya en medio y pequeñas ondas a cada lado, me recordaba el del jinete prusiano del cuadro que había en la entrada. Aparte del prusiano y de mi padre, nunca he visto a nadie peinado así. Las cuencas de los ojos, un poco hundidas, y los propios ojos, azules y tirando a saltones, le conferían una mirada peculiar. Penetrante e inquieta. En aquella época, siempre lo veía feliz. De hecho, solía repetir:

—¡Soy un idiota feliz!

A lo que mi madre respondía:

—¡Le tomo la palabra, Georges, le tomo la palabra!

No paraba de canturrear de mala manera. A veces silbaba igual de mal, pero, como todo lo que se hace de corazón, era soportable. Sabía contar historias y, en las pocas ocasiones que no había invitados en casa, venía a inclinar su cuerpo alto y delgado sobre mi cama para dormirme. Con un movimiento de ojos, un bosque, un cabritillo, un gnomo, un ataúd, me desvelaba del todo. La mayoría de las veces, yo acababa dando brincos encima de la cama, muerto de risa, o escondido detrás de la cortina, petrificado.

—Con estos cuentos tan raros hasta podrías dormirte de pie —me decía antes de irse del cuarto.

En eso también podíamos tomarle la palabra. El domingo por la tarde, para compensar todos los excesos de la semana, hacía musculación. Delante del gran espejo con marco dorado y coronado por un enorme y vistoso lazo, con el torso desnudo y la pipa en la boca, levantaba unas pesas minúsculas mientras escuchaba jazz. Lo llamaba el «gin-tonic», porque de vez en cuando hacía una pausa para tomarse un gin-tonic a grandes tragos y recordarle a mi madre:

—Debería probar con el deporte, Marguerite. Le aseguro que es divertido y que luego se siente uno mucho mejor.

A lo que mi madre, sacando la punta de la lengua y cerrando un ojo mientras intentaba ensartar la aceituna de su martini con una sombrilla en miniatura, respondía:

—Debería probar el zumo de naranja, Georges. Seguro que después el deporte no le parecería tan divertido. Y haga el favor de dejar de llamarme Marguerite. Búsqueme un nombre nuevo o empezaré a mugir como una becerra.

Nunca he sabido muy bien por qué, pero él nunca llamaba a mi madre del mismo modo más de dos días seguidos. Y a ella le gustaba bastante aquella costumbre, aunque se cansaba de algunos nombres antes que de otros. Todas las mañanas, en la cocina, la veía observar a mi padre, seguirlo con una mirada risueña, con la nariz hundida en el cuenco del desayuno o la barbilla apoyada en las manos, mientras esperaba el veredicto.

—¡Ah, no, no puede hacerme eso! ¡Renée no, hoy no! ¡Esta noche tenemos invitados a cenar! —protestaba ella, riéndose.

Luego volvía la cabeza hacia el espejo y saludaba a la nueva Renée con una mueca, a la nueva Joséphine adoptando un aire digno, a la nueva Marylou hinchando los carrillos...

—Además, no tengo nada en el armario que pegue con Renée.

Mi madre tenía un nombre fijo un único día del año. El 15 de febrero se llamaba Georgette. Tampoco era su auténtico nombre, pero el día de esa santa venía justo después de San Valentín. A mis padres les parecía muy poco romántico sentarse a la mesa de un restaurante rodeados de enamorados forzosos en acto de servicio. Así que todos los años celebraban Santa Georgette en un restaurante vacío y con el personal a su entera disposición. De todas formas, papá opinaba que una fiesta romántica sólo podía tener nombre de mujer.

—Por favor, reserve la mejor mesa a nombre de Georgette y Georges. ¿Puede confirmarme que ya no le queda ninguno de esos horribles pasteles en forma de corazón? ¿No? ¡Menos mal! —decía al pedir mesa en un buen restaurante.

Para ellos, Santa Georgette era cualquier cosa menos el día de los

tortolitos.

Después del asunto de los talleres, mi padre ya no necesitaba madrugar para darnos de comer, así que se puso a escribir libros. Mucho, a todas horas. Se sentaba a su gran escritorio, ante el papel, y escribía, se reía escribiendo, escribía de lo que lo hacía reír, llenaba la pipa, el cenicero, la habitación de humo y de tinta el papel. Lo único que se vaciaba eran las tazas de café y las botellas de líquidos combinados. Pero los editores siempre contestaban lo mismo: «Está bien escrito, es divertido, pero no tiene ni pies ni cabeza.»

—¡Si alguien hubiera visto un libro con pies y cabeza, ya nos habríamos enterado! —decía mi madre para consolarlo de aquellos rechazos, y nos hacía reír mucho.

Mi padre decía de ella que tuteaba a las estrellas, lo que me parecía raro, porque mi madre trataba de usted a todo el mundo, incluso a mí. También le hablaba de usted a la grulla damisela, una elegante e increíble ave que vivía en nuestro piso, por el que paseaba su largo y ondulante cuello negro, sus blancos penachos y sus ojos, de un rojo muy vivo, desde que mis padres la habían traído de un viaje a no sé dónde en su vida de antes. La llamábamos *Doña Superflua*, porque no servía para nada, salvo para chillar muy fuerte sin ton ni son, dejar sus pirámides redonditas sobre el parquet o venir a despertarme por la noche llamando a la puerta de mi cuarto con su pico naranja y verde oliva.

Doña Superflua, como si hubiera escuchado los cuentos raros de mi padre, dormía de pie, con la cabeza bajo el ala. De pequeño, había intentado imitarla muchas veces, pero era muy complicado. A *Superflua* le encantaba que mamá se tumbara a leer en el sofá y se pasara horas acariciándole la cabeza. Como todos los pájaros sabios, amaba la lectura. Un día, a mi madre le dio por llevársela de compras a la ciudad, para lo que le confeccionó una preciosa correa de perlas. Pero *Superflua* se asustó de la gente tanto como la gente de ella y chilló más que nunca. Una señora mayor con un perro salchicha llegó a decirle a mi madre que pasear un pájaro atado con una correa por la acera era inhumano y peligroso.

—Pelos, plumas, ¿qué más da? ¡*Superflua* nunca ha mordido a nadie, y a mí me parece mucho más elegante que esa bola de pelo suya! ¡Venga, *Superflua*,

vámonos a casa, que aquí no hay más que gente vulgar y maleducada!

Mamá llegó al piso hecha una furia y, como siempre que se ponía así, fue a ver a mi padre para contárselo todo de cabo a rabo. Y, como siempre, hasta que acabó no recuperó su jovialidad. Se ponía nerviosa a menudo, pero nunca le duraba mucho, porque la voz de mi padre era un buen calmante. El resto del tiempo se entusiasmaba con todo, encontraba terriblemente divertida la marcha del mundo y la acompañaba dando saltos de alegría. A mí no me trataba ni como a un niño ni como a un adulto, sino más bien como a un personaje de novela. Una novela que le encantaba y en la que se sumergía a todas horas. No quería saber nada de preocupaciones ni de penas.

—Cuando la realidad sea aburrida y triste, invéntese usted una buena historia y cuéntemela. Con lo bien que miente, sería una pena no aprovecharlo.

Entonces yo le contaba mi jornada imaginaria y ella aplaudía frenéticamente, riéndose a carcajadas.

—¡Qué día, mi adorado hijo, qué día! ¡Me alegro mucho por usted, lo debe de haber pasado en grande!

Luego me cubría de besos. Decía que me picoteaba, y a mí me encantaba dejarme picotear por ella. Todas las mañanas, después de recibir su nombre diario, me confiaba uno de sus guantes de terciopelo recién perfumados para que su mano me guiara el resto del día.

Algunos rasgos de su rostro, sus hermosas mejillas redondeadas y los ojos verdes, chispeantes de alegría, reflejaban aspectos de su carácter infantil. Las vistosas horquillas de nácar, que se ponía sin orden ni concierto para domar su leonina cabellera, le daban una insolencia juguetona de estudiante tardía. Pero sus carnosos labios carmesíes, en los que los finos cigarrillos blancos se mantenían suspendidos de manera milagrosa, y sus largas pestañas, que evaluaban la vida, convencían a cualquiera que la observara de que había madurado. Sus atuendos, un poco extravagantes y elegantes en extremo, al menos en su forma de combinarlos, demostraban al ojo atento que había vivido, que tenía su edad.

Esto escribió mi padre en sus cuadernos privados, que leí más tarde, después. Puede que aquello no tuviera pies, pero desde luego tenía cabeza, y no una cualquiera.

Mis padres bailaban a todas horas, en todas partes. Por la noche, con sus

amigos; por la mañana y por la tarde, los dos solos. A veces yo bailaba con ellos. Bailaban de una forma realmente increíble, arrollándolo todo a su paso. Mi padre lanzaba a mi madre al aire y volvía a cogerla por la punta de los dedos después de una pirueta, cuando no eran dos o tres. La hacía pasar entre sus piernas y girar a su alrededor como una veleta, y cuando la soltaba, sin querer, mamá acababa con el trasero en el suelo y el vestido desplegado a su alrededor, como una taza sobre un platillo. Siempre que bailaban se preparaban cócteles delirantes, con sombrillas, aceitunas, cucharillas y un ejército de botellas.

Sobre la cómoda del salón, ante una enorme fotografía en blanco y negro de mamá saltando a una piscina en traje de noche, había un precioso y viejo tocadiscos en el que siempre ponían el mismo vinilo de Nina Simone y la misma canción: *Mr. Bojangles*. Era el único disco que tenía derecho a girar en aquel aparato; el resto de la música debía conformarse con una cadena de alta fidelidad más moderna y bastante sosa. Aquella canción era realmente loca, triste y a la vez alegre, y hacía que mi madre se pusiera igual. Duraba bastante, pero siempre acababa demasiado pronto, y mamá, aplaudiendo entusiasmada, exclamaba:

—¡Pongámosla otra vez!

Así que había que agarrar el brazo para volver a colocar el diamante en el borde del disco. Sólo un diamante podía producir una música así.

Nuestro piso era muy grande, para poder invitar a la mayor cantidad de gente posible. En el suelo de la entrada, las grandes baldosas blancas y negras formaban un damero gigante. Mi padre había comprado cuarenta cojines blancos y negros y los miércoles por la tarde jugábamos partidas bajo la mirada del jinete prusiano, que hacía de árbitro, aunque nunca decía nada. A veces, *Doña Superflua* venía a interrumpir el juego empujando con la cabeza o picoteando los cojines blancos, sólo los blancos, porque no le gustaban o porque le gustaban mucho, no lo sabíamos, ni lo hemos sabido nunca. *Superflua* tenía sus secretos, como todo el mundo.

En un rincón del vestíbulo había una montaña de cartas que mis padres habían creado arrojando allí, sin abrir, toda la correspondencia que recibían. El montón era tan impresionante que podía zambullirme en él sin hacerme daño; era una montaña alegre y mullida que formaba parte del mobiliario.

—Si no te portas bien —me decía a veces mi padre—, te haré abrir las cartas y clasificarlas.

Pero nunca cumplió su amenaza porque no era malo.

El salón era una auténtica locura. Había dos butacas rojo sangre para que mis padres pudieran sentarse cómodamente a beber, una mesita de cristal con arena de todos los colores en su interior y un enorme sofá acolchado de color azul sobre el que estaba recomendado saltar. Me lo había aconsejado mi madre, que a menudo saltaba conmigo; saltaba tan alto que tocaba la bola de cristal de la lámpara de las mil lucecitas. Mi padre tenía razón: si quería, mamá podía tutear realmente a las estrellas. Frente al sofá, encima de un viejo baúl de viaje cubierto de pegatinas de ciudades, había un pequeño televisor mohoso que ya no funcionaba demasiado bien. En todas las cadenas ponían imágenes de hormigueros en gris, negro y blanco. Para castigarlo por la mala programación, mi padre le había puesto unas orejas de burro.

—Si no te portas bien —me decía a veces—, enciendo la tele.

Ver la televisión durante horas era un espanto. Pero como en el fondo papá no era malo, rara vez lo hacía. A mi madre el aparador le parecía horroroso, así que había colocado allí una hiedra que le encantaba. De ese modo, el mueble se había convertido en una planta gigantesca que perdía hojas y que había que regar. Era un curioso aparador y una planta curiosa.

En el comedor había todo lo necesario para comer, una mesa grande y muchas sillas para los invitados y, por supuesto, para nosotros, aunque eso era lo de menos. Se llegaba a las habitaciones por un largo pasillo en el que se batían récords de velocidad, según el cronómetro. Mi padre siempre ganaba y *Doña Superflua* perdía continuamente; competir no era lo suyo y además los aplausos la asustaban.

En mi habitación había tres camas: una pequeña, una grande y una mediana. La razón era que siempre había querido guardar las antiguas, porque había pasado muy buenos ratos en ellas, pero ahora me tocaba elegir cada noche. Mi padre opinaba que lo que tenía era una leonera. De una pared colgaba un póster de Claude François con un traje de satén que papá, con la ayuda de un compás, había convertido en diana para dardos, porque según él, François cantaba fatal, cosa a la que, gracias a Dios, había puesto fin la compañía eléctrica, decía, aunque yo no entendía cómo ni por qué, pues aún no sabía que había muerto al desenroscar una bombilla con los pies en la bañera. A veces costaba entender a papá, la verdad.

El suelo de la cocina estaba lleno de macetas con plantas para cocinar, aunque durante la mayor parte del tiempo, como mamá solía olvidarse de regarlas, lo que había eran hierbajos por todas partes. Pero cuando se acordaba de echarles agua siempre se excedía. Las macetas se convertían entonces en coladores y, durante horas, la cocina, en una pista de patinaje. Un caos de mil demonios que duraba lo que la tierra tardaba en soltar el agua de más. A *Doña Superflua* le encantaba que la cocina se inundara; le recordaba su vida de antes, decía mamá, por eso agitaba las alas e hinchaba el cuello como un pájaro contento. Del techo, entre las sartenes y las cacerolas, colgaba un jamón que daba asco ver, pero que sabía a gloria. Mientras yo estaba en el colegio, mamá cocinaba muchas cosas buenas y las dejaba en la tienda de comida preparada para que nos las llevaran a casa como si fuera un encargo, un truco que impresionaba mucho a los invitados. Como el frigorífico era demasiado pequeño para tantas personas, siempre estaba vacío. Mamá invitaba a comer a un montón de gente a cualquier hora del día: amigos, algunos vecinos —los que no tenían miedo al jaleo—, antiguos compañeros de mi padre, la portera, su marido, el cartero —cuando pasaba en el momento justo—, el tendero —que era del lejano Magreb, pero tenía la tienda justo abajo— e incluso una vez a un viejo harapiento que olía muy mal, pero parecía muy contento.

Mamá estaba reñida con los relojes, así que a veces yo volvía de la escuela para merendar y había pierna de cordero, mientras que en otras ocasiones teníamos que esperar hasta las tantas de la noche para empezar a cenar. En ese caso, hacíamos tiempo bailando y comiendo aceitunas. Podía ocurrir que de tanto bailar se nos quitaran las ganas de comer, y entonces mamá se echaba a llorar en mitad de la noche para mostrarme cuánto lo sentía y me picoteaba estrechándome entre sus brazos, con la cara empapada y oliendo a cóctel. Mi madre era así, y eso era algo que estaba bien.

Los invitados se reían mucho y muy fuerte, y de vez en cuando acababan tan cansados de reír que pasaban la noche en una de mis otras dos camas. Por la mañana se despertaban con los chillidos de *Doña Superflua*, que no era nada partidaria de que la gente se levantara tarde. Cuando había invitados, yo siempre dormía en la cama grande, así al despertarme los veía encogidos como acordeones en mis camas infantiles, y eso me daba mucha risa.

Tres noches por semana teníamos un invitado. El senador abandonaba su territorio en el centro de Francia para alojarse en su palacio. Mi padre lo llamaba cariñosamente «el Crápula». Nunca he sabido cómo se conocieron, las versiones cambiaban con cada cóctel, pero juntos se lo pasaban en grande. El Crápula llevaba un corte de pelo recto. No recto como una chica, sino a cepillo, pero con ángulos rectos en la parte de arriba; más que recto, era un corte cuadrado, encima de un careto redondo y colorado, dividido en dos por un gran bigote. Llevaba unas finas gafas de acero sostenidas por unas curiosas orejas en forma de cola de gamba. Me había explicado que tenían ese aspecto debido al rugby. Yo no acababa de entenderlo, pero decidí que, en cualquier caso, el «gim-tonic» era un deporte menos peligroso que el rugby, por lo menos para las orejas. Los machacados cartílagos del senador habían adquirido la forma, el color y el aspecto de una gamba, era así, qué se le iba a hacer. Cuando se reía, sacudía todo el cuerpo, y como siempre estaba riéndose, sus hombros eran presa de una agitación permanente. Hablaba alto, chisporroteando como un transistor viejo, y solía llevar encima un puro enorme que nunca encendía. Cuando llegaba, lo tenía en la mano o en la boca, y cuando se iba volvía a guardarlo en su funda. En cuanto cruzaba la puerta, empezaba a gritar:

—¡Caipiroska, Caipiroska!

Durante mucho tiempo, pensé que su amante rusa se llamaba así, pero ella nunca venía, así que mi padre, para que el senador se calmara, le servía un cóctel muy frío con menta fresca, y de ese modo al menos parecía contento. Mi madre apreciaba mucho al Crápula porque era divertido, no paraba de piroppearla y nos había hecho ganar una brutalidad de dinero, y a mí me caía bien por los mismos motivos, ni más ni menos. Durante los largos bailes nocturnos, intentaba besar a todas las amigas de mi madre. Mi padre decía que siempre estaba a la que saltaba. A veces le funcionaba, y entonces se iba con alguna a su habitación para saltar con ella. Pasados unos minutos, volvía a salir feliz y más rojo que nunca aullando el nombre de su amigueta rusa, porque, a pesar de todo, debía de echarla en falta.

—¡Caipiroska, Caipiroska! —gritaba muy contento mientras volvía a colocarse las gafas sobre las colas de gamba.

Por la mañana se iba a trabajar al palacio de Luxemburgo, que en realidad, por algún motivo que me costaba entender, estaba en París. Decía que iba a trabajar hasta tarde, pero siempre regresaba muy pronto. El senador llevaba

una vida curiosa. Al volver aseguraba que su oficio era mucho más divertido antes de la caída del Muro, porque todo se veía más claro. Yo deduje que en su oficina habían tirado una pared y que por eso las ventanas estaban cubiertas de polvo. Comprendía que volviera pronto, porque ésas no eran condiciones de trabajo, ni siquiera para alguien como él.

—¡El Crápula es mi más caro amigo —declaraba mi padre—, porque su amistad no tiene precio!

Y eso, yo sí lo entendía.

Con el dinero de los talleres, papá se había comprado un precioso castillo en España, bastante lejos, hacia el sur. Un rato en coche, un rato en avión, otro rato en coche y mucha paciencia. Desde el castillo, que estaba en las montañas, a cierta altura sobre un pueblo muy blanco en el que por la tarde nunca había nadie y por la noche salía todo el mundo, sólo se veían pinares, o casi. En la punta de la derecha había unas terrazas llenas de olivos, naranjos y almendros que bajaban meticulosamente hasta la orilla de un embalse azul lechoso cerrado por una presa descomunal. Papá me había dicho que la había construido él y que de no ser por la presa, el agua se habría escapado. Pero como en casa no había ninguna herramienta, a mí me costaba creerlo y me parecía que no hacía falta exagerar tanto. El mar no quedaba muy lejos, pero la costa estaba llena de gente por todas partes, en las playas, los edificios, los restaurantes, los atascos; era muy sorprendente. Mamá decía que no entendía a los veraneantes que salían de la ciudad para ir a otra ciudad, que las playas estaban sucias porque la gente se cubría el cuerpo de sebo para broncearse aunque ya estuviera gorda y sebosa, que había mucho ruido y que olía fatal. Lo que no quitaba para que nosotros nos bronceáramos en las playitas del lago, en las que casi no había sitio para tres toallas, pero que eran muy chulas. Encima del castillo había una gran terraza con nubes de jazmines, así que olía muy bien. La vista era espectacular. A mis padres les daba sed y bebían vino con fruta dentro, de modo que comíamos un montón de fruta, mañana, tarde y noche, y también bebíamos fruta mientras bailábamos. Por supuesto, *Mr. Bojangles* hacía el viaje con nosotros, y más tarde se nos unía *Doña Superflua*: íbamos a recogerla al aeropuerto porque tenía un estatus muy especial. Viajaba en una caja con un agujero en la tapa por el que sólo podía sacar la cabeza y el cuello, por lo que lógicamente chillaba mucho, y por una

vez con razón. Para que pudieran comer fruta, bailar y broncearse a la orilla del lago, mis padres invitaban a todos sus amigos. A éstos, aquello les parecía un verdadero paraíso, y no había ninguna razón para pensar lo contrario. Yo iba al paraíso siempre que quería, pero sobre todo cuando lo decidían mis padres.

Mi madre solía contarme la historia del señor Bojangles. Era como la canción: bonita,ailable y melancólica. Por eso a mis padres les gustaba bailar agarrados con *Mr. Bojangles*, porque era una música para los sentimientos. El señor Bojangles vivía en Nueva Orleans, aunque eso había sido hacía mucho, en los viejos tiempos, que se llamaban así porque no había nada nuevo. Al principio viajaba por el sur de otro continente con su perro y su traje viejo. Pero un día su perro se murió y ya nada volvió a ser igual. Entonces se iba a bailar a los bares, con el mismo traje viejo de siempre. Bailaba *Mr. Bojangles*, la bailaba a todas horas, como mis padres. Para incitarlo, la gente lo invitaba a cerveza, y entonces él bailaba con aquel pantalón que le iba grande, saltaba muy alto y volvía a posarse en el suelo con suavidad. Mamá me decía que bailaba para que volviera su perro, que ella lo sabía de buena tinta. Y ella bailaba para que volviera el señor Bojangles. Por eso bailaba a todas horas. Simplemente para que volviera.

2

—*¡Llámemme como le apetezca, pero por favor, diviértame, hágame reír, aquí todo el mundo es muy aburrido!* —exclamó ella cogiendo dos copas de champán del aparador—. *¡Yo sólo he venido en busca de un seguro de vida!* —declaró antes de beberse de un trago la primera copa, clavándome unos ojos algo alocados.

Ingenuamente, yo tendí la mano para coger la otra, suponiendo que sería para mí, pero tampoco dejó ni gota. Luego me miró de arriba abajo acariciándose la barbilla y, con risueño descaro, proclamó:

—*¡Seguro que es usted la póliza más atractiva de esta siniestra fiesta!*

El sentido común debería haberme impulsado a huir de allí, a huir de ella. De hecho, nunca debería haberla conocido.

Para celebrar la apertura de mi décimo taller, mi banco me había invitado a un guateque de dos días en un palacio de la Costa Azul, dentro de un programa curiosamente llamado «los fines de semana del éxito». Una especie de seminario para jóvenes emprendedores con gran futuro. Al absurdo título había que añadir unos asistentes lúgubres y coloquios de todo tipo impartidos por sanguijuelas doctas con la cara apergaminada por los conocimientos y la información. Yo, como solía hacer desde niño, había matado el tiempo inventándome vidas falsas ante mis condiscípulos y sus esposas. Por ejemplo, durante la cena de la noche anterior, en el aperitivo empecé a hablar de mi parentesco con un príncipe húngaro, uno de cuyos lejanos antepasados había tratado al conde Drácula:

—*Contrariamente a lo que se nos quiere hacer creer, era un hombre de una corrección y una amabilidad fuera de lo común. En casa tengo documentos que demuestran que sufrió una campaña de desprestigio sin precedentes, motivada por la envidia más vil.*

En casos así, hay que ignorar las miradas dubitativas y concentrarse en los más crédulos de la mesa. Una vez se ha captado la atención del más

ingenuo, hay que apabullarlo con detalles minuciosos y precisos hasta arrancarle un comentario que valide la patraña. Aquella noche fue la mujer de un viticultor de Burdeos la que, asintiendo con la cabeza, declaró:

—¡Lo sabía! Es una historia demasiado exagerada, demasiado horrible para ser cierta... ¡Es una leyenda!

La secundó su marido, que arrastró a los demás comensales, y el resto de la cena giró alrededor de ese tema. Todos aportaron sus conocimientos, las dudas que siempre habían albergado al respecto, dando cuerpo a mi mentira y convenciéndose unos a otros, de tal modo que al acabar la cena nadie se habría atrevido a reconocer que había creído alguna vez la historia de Drácula, el Empalador, que sin embargo es cierta. Al mediodía siguiente, animado por mi éxito de la víspera, repetí el experimento con cobayas nuevas. Esa vez me hice pasar por el hijo de un rico industrial estadounidense con fábricas automovilísticas en Detroit, que se había criado entre el ajetreo de las plantas de montaje. Adorné la historia atribuyéndome un profundo autismo que me había hecho permanecer mudo hasta los siete años. Ganarse los corazones de la gente con un ejercicio de mitomanía que toque la sensibilidad de las víctimas, para mí, siempre había sido lo más fácil del mundo.

—¿Y cuál fue la primera palabra que dijo? —preguntó mi vecina ante su filete de lenguado, intacto y frío.

—¡«Neumático»! —respondí muy serio.

—¿«Neumático»? —repitieron a coro mis compañeros de mesa.

—Sí, «neumático» —les confirmé—. Increíble, ¿verdad?

—Ahhhh... ¡por eso ha montado usted tantos talleres! Todo tiene su explicación... ¡Desde luego, qué curioso es el destino! —sentenció mi vecina en el momento en que su plato volvía a la cocina tan lleno como había llegado.

El resto de la comida se dedicó a comentar los milagros de la vida, el destino de las personas y el peso de la herencia en la existencia de cada uno de nosotros. Y con el aguardiente de almendras pude saborear el delicioso y egoísta placer de monopolizar por unos instantes la atención de la gente con historias tan sólidas como una ráfaga de viento.

Iba a despedirme de tan agradable compañía —antes de que mis delirantes

historias se estamparan contra el muro de las confrontaciones, alrededor de la piscina, donde debíamos encontrarnos todos los invitados—, cuando una joven con un fino vestido blanco, la cabeza llena de plumas y sosteniendo un largo y fino cigarrillo apagado al final de su brazo enguantado, con el codo doblado y la mano inclinada, empezó a bailar con los ojos cerrados; mientras, su otra mano jugaba con un chal de lino blanco en un frenesí de movimientos que lo transformaban en etérea pareja de baile. Contemplé embelesado las ondulaciones de su cuerpo y los cadenciosos movimientos de su cabeza, que hacían oscilar las plumas de su tocado, aquel curioso penacho que revoloteaba silenciosamente. El espectáculo, que fluctuaba al ritmo de la música entre la gracia del cisne y la vivacidad de un ave rapaz, me había dejado boquiabierto y clavado al suelo.

Creí que era una actuación contratada por el banco para entretener a los invitados, una forma de amenizar un cóctel mortalmente aburrido, de animar un poco a aquella gente tan insulsa. Observé a aquella mezcla de vampiresa de los años veinte y mujer cheyene bajo los efectos del peyote, mientras deambulaba de grupo en grupo haciendo enrojecer de placer a los hombres, encantados con sus sugestivas poses, e incomodando a las mujeres por el mismo motivo. Se apoderaba de los brazos de los maridos sin pedirles opinión y los hacía girar como peonzas antes de enviarlos de nuevo hacia sus esposas, muertas de celos, y sus tristes vidas. No sabría decir con exactitud cuánto tiempo pasé allí, bajo la pérgola, fumando mi pipa y apoderándome de todas las copas que aquel ballet de camareros con esmoquin ponía a mi alcance. Ya estaba bastante achispado cuando ella se acercó y posó sus ojos en los míos, tímidos y seguramente vidriosos. Los suyos eran de un verde claro y estaban lo bastante abiertos para tragarse toda mi originalidad y hacerme balbucir una frase de una vulgaridad penosa:

—¿Cómo se llama usted?

—En casa, colgado encima de la chimenea, tengo un cuadro que representa a un atractivo jinete prusiano... ¿Querrá creer que va usted peinado igual que él? He conocido el planeta entero y puedo asegurarle que nadie se peina así desde la guerra. ¿Cómo se las arregla para que le corten el pelo

de ese modo desde que Prusia dejó de existir?

—Es que el pelo no me crece, nunca me ha crecido. Nací con este dichoso peinado, hace ya unos cuantos siglos... De niño me hacía parecer un viejo, pero con el paso del tiempo se corresponde cada vez más con mi edad. Con la de vueltas que da la moda, confío en que moriré peinado a la última.

—Lo digo en serio, es usted la copia exacta de ese jinete, del que estoy locamente enamorada desde que era niña y con el que ya me he casado mil veces, porque, verá, como el día de la boda es el más feliz de la vida, hemos decidido casarnos a diario para que nuestra existencia sea el paraíso perpetuo.

—Ahora que lo dice, recuerdo una campaña militar, estando yo en caballería... Después de una batalla coronada por el éxito, posé para un retrato. Me alegra mucho saber que ahora estoy sobre su chimenea y que ya me he casado con usted mil veces.

—¡Ríase, ríase, pero es verdad! Por razones que no le costará entender, el matrimonio no se ha consumado todavía, así que soy virgen. Y no será porque no haya bailado desnuda delante de la chimenea, pero me parece que mi pobre jinete, pese a sus aires de fogoso guerrero, es un poco pasmado.

—Me sorprende usted. Diría que una danza como la suya es capaz de enardecer a todo un ejército. Su militar se comporta como un eunuco. Por cierto, ¿de dónde le viene ese maravilloso talento para el baile y el movimiento?

—Me pone usted en un aprieto. Tengo que hacerle otra confesión increíble, mi querido amigo: ¡mi padre es el hijo secreto de Joséphine Baker, figúrese!

—¡Alabado sea Dios! Lo crea usted o no, yo conocí muy bien a Joséphine Baker. Durante la guerra, en París, nos alojamos en el mismo hotel.

—No me diga que ella y usted... se... bueno, ya me entiende...

—Sí, una noche de bombardeo vino a refugiarse en mi habitación. Era una hermosa noche de verano. El miedo, el calor, la cercanía... No pudimos resistirnos.

—¡Jesús, María y José! Pero bueno, ¡puede que sea usted mi abuelo! ¡Vamos a celebrarlo con todos los cócteles habidos y por haber! —propuso ella, dando unas palmadas para llamar a uno de los camareros.

Nos pasamos allí toda la tarde, sin movernos un milímetro, rivalizando en inventar disparates y teorías absurdas e irrefutables con regocijada seriedad y fingiendo creer nuestras respectivas imposturas. Vi el sol desplazarse detrás de ella, iniciar su lento e irremediable descenso hacia poniente —por un instante, incluso la coronó— y, por fin, refugiarse detrás de las colinas, desde las que aún nos regaló el generoso halo de su ocaso. Tras tender repetidas veces la mano hacia la joven en un desesperado y vano intento de apoderarme de las copas de champán que creía que eran para mí, me resigné a servirme yo mismo y, como su costumbre era tomarse dos cada vez, empecé a pedir los whiskies a pares. Ese ritmo infernal la llevó rápidamente a someterme a un cuestionario a la inversa: con la mayor naturalidad, afirmaba lo que quería que yo le dijera añadiendo a sus palabras una fórmula final interrogativa:

—Está encantado de haberme conocido, ¿verdad?

O:

—Sería una esposa estupenda, ¿a que sí?

Y después:

—Seguro que se pregunta si puede permitirse salir conmigo, ¿me equivoco? Pues no se atormenta, querido, a usted le bajaré el precio de la entrada: hasta medianoche estoy de rebajas, ¡aproveche! —voceó como una vendedora ambulante al tiempo que meneaba el torso para hacer bailar su escote.

Así pues, yo había alcanzado uno de esos momentos críticos en los que todavía se puede elegir, en los que aún está en nuestra mano decidir nuestro futuro sentimental. En aquel instante me encontraba en lo alto del tobogán, a tiempo de volverme, bajar la escalerilla y marcharme, huir de ella poniendo como excusa una obligación tan ineludible como falsa. O bien podía dejarme llevar, tomar impulso y deslizarme por la rampa con la dulce sensación de que ya no podía decidir nada, de que ya no podía detener nada; dejar que mi destino siguiera un curso que yo no había trazado y, para terminar, aterrizar en un montón de arena dorada, mullida y movediza. Era consciente de que aquella chica no estaba del todo en sus cabales, de que sus delirantes ojos verdes ocultaban taras secretas, de que sus mejillas infantiles, ligeramente redondeadas, disimulaban las heridas de la

adolescencia, de que a aquella hermosa joven, en apariencia despreocupada y risueña, la vida debía de haberla zarandeado y golpeado con dureza. Me dije que por eso bailaba como una loca, sencillamente para olvidar su tormentoso pasado. Me dije, como un idiota, que mi vida profesional se había visto coronada por el éxito, que era casi rico, bastante atractivo y podía encontrar una esposa normal con facilidad, llevar una vida ordenada, tomar una copa todas las tardes antes de cenar y acostarme a medianoche. Me dije que yo también estaba un poco tocado del ala y que no tenía derecho a encapricharme de una chica que lo estaba del todo, que nuestra relación sería como la de un hombre al que le falta una pierna con una mujer sin extremidades, que una unión así por fuerza tenía que cojear, avanzar a tientas en direcciones inverosímiles. Estaba a punto de rendirme, me había asustado el caos futuro, el perpetuo torbellino que aquella joven se proponía venderme rebajado, como en un anuncio publicitario, contoneándose con entusiasmo. Y de pronto, al sonar las primeras notas de un tema de jazz, me pasó el chal de gasa alrededor del cuello, me atrajo hacia ella bruscamente, con fuerza, y nos encontramos mejilla con mejilla. Y comprendí que seguía haciéndome preguntas sobre un asunto ya zanjado, que me deslizaba hacia aquella preciosa morena, que ya estaba en mitad de la rampa, que me había lanzado hacia la niebla sin siquiera darme cuenta, sin señal ni aviso.

—¡La naturaleza me reclama, estoy hinchada de cócteles! ¡Espéreme aquí, no se mueva ni un milímetro! —me suplicó jugando nerviosamente con su largo collar de perlas mientras sus rodillas entrechocaban con impaciencia ante la natural urgencia.

—¿Por qué iba a moverme? No he estado en un sitio mejor en toda mi vida —la tranquilicé antes de levantar un dedo para que me sirvieran por enésima vez.

Y mientras la veía avanzar hacia los aseos con paso rápido pero desenvuelto, me encontré frente a frente con mi vecina de mesa. Parecía furiosa, bebida y fuera de sí, gesticulaba y me amenazaba con el dedo.

—¡Conque conoce usted a Drácula! —gritó cuando algunos invitados empezaron a hacer corro a nuestro alrededor.

—No exactamente —respondí yo, pillado por sorpresa.

—*¡Es usted autista y también príncipe! ¡Procede de Hungría y al mismo tiempo de Estados Unidos! ¡Usted está loco! ¿Por qué nos ha mentado? — aulló mientras yo retrocedía para alejarme de ella.*

—*¡Este tipo está enfermo! —vociferó uno de los presentes.*

—*¡No son cosas incompatibles! —farfullé desde el callejón sin salida de mis mentiras.*

Luego, sabiéndome acorralado, me eché a reír con una carcajada desbordante y desinhibida.

—*¡Está loco de verdad! ¡Sigue burlándose de nosotros! —hizo notar con gran acierto mi acusadora, que avanzó hacia mí.*

—*Yo no obligo a nadie a creerse mis historias. ¡Les han gustado y se las han creído! ¡He jugado con ustedes y ustedes han perdido! —repliqué retrocediendo peligrosamente hacia la piscina con expresión astuta y un vaso de whisky en cada mano.*

De pronto, cuando estaba llegando al borde, vi que mi interlocutora de antes se despegaba repentinamente del suelo, volaba por los aires y, sin planear, se hundía con estrépito en el agua clorada.

—*¡Les ruego que no me disculpen, me moría de ganas de hacerlo! ¡Este hombre es mi abuelo, el amante de Joséphine Baker, un jinete prusiano y mi futuro marido, todo a la vez! ¡Y yo le creo!*

En lo que duraron unos cócteles y un baile, una chiflada con un tocado de plumas me hizo perder la cabeza por ella, invitándome a compartir su locura.

3

En el colegio, nada iba como se suponía, pero lo que se dice nada, sobre todo para mí. Cuando contaba lo que pasaba en mi casa, la señorita no se lo creía y los demás alumnos tampoco, así que mentía al revés. Lo hacía por el bien de todos, en especial por el mío. En la escuela mi madre siempre se llamaba igual, *Doña Superflua* no existía, el Crápula no era senador, *Mr. Bojangles* no era más que un disco que giraba como todos los discos y yo comía como todo el mundo a las mismas horas que todo el mundo. Era lo mejor. Mentía al derecho en casa y al revés en el colegio, lo que era complicado para mí, pero más sencillo para los demás. Mentir no era lo único que hacía al revés, también escribía a la inversa. Escribía «como un espejo», me había dicho la maestra, aunque yo sabía perfectamente que los espejos no escribían. A veces la señorita también mentía, pero claro, ella tenía derecho. Todo el mundo decía mentirijillas, porque eran mejores para la tranquilidad de espíritu que la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. A mi madre le gustaba mucho mi escritura de espejo, así que cuando llegaba de la escuela me pedía que escribiera todo lo que se le pasaba por la cabeza, prosa, listas de la compra y poesías tontas.

—¡Es fantástico! ¡Escriba mi nombre de hoy en espejo, a ver qué tal! — exclamaba con los ojos llenos de admiración.

Luego guardaba los papelitos en su joyero, porque, según decía:

—¡Una escritura como ésta es un tesoro, no tiene precio!

Para que mi caligrafía fuera en la dirección correcta, la señorita me mandó a ver a una señora que enderezaba las letras sin tocarlas siquiera y que, sin herramientas, sabía arreglarlas para volver a ponerlas rectas. Después de aquello, por desgracia para mamá, casi me curé. Casi, porque además era zurdo, pero respecto a eso la señorita no podía hacer nada; me dijo que me perseguía la mala suerte, que no había solución, que antes de que yo naciera, a los niños les ataban el brazo malo para curarlos, pero que ese tratamiento ya no se usaba. A veces la señorita decía mentiras que me daban mucha risa.

Se hacía unas permanentes de color arena preciosas; era como si llevara una tormenta del desierto sobre la cabeza, a mí me parecía muy bonito. También tenía un bulto en la manga que al principio yo creía que era una enfermedad, pero un día de mal tiempo en que estaba resfriada, vi que se sacaba el bulto de la manga y se sonaba con él. Me dio mucho asco. Mamá no se entendía nada bien con la tormenta del desierto, por lo de la escritura, claro, pero también porque la señorita nunca quería dejarme ir al paraíso cuando mis padres querían. Prefería que esperara a las vacaciones de todo el mundo, decía que bastante retraso llevaba ya con mi enfermedad de la escritura y que si me iba cada dos por tres perdería muchos vagones del tren.

—Allí los almendros están en flor —le respondía mi madre—. No querrá que mi hijo se pierda los almendros en flor, ¿no? ¡Pondrá usted en peligro su equilibrio estético!

Estaba claro que a la señorita no le gustaban los almendros ni las flores y que mi equilibrio estético le importaba un pito, pero nos marchábamos igual. Eso le provocaba a la maestra unos ataques de furia terribles, que en ocasiones le duraban hasta que volvía. Así las cosas, yo me alegraba mucho de haberme ido.

Como no tenía ni idea de cómo reconciliarme con la señorita, un día decidí hacerle un favor para que me perdonara por lo de la escritura en espejo, los almendros en flor y las vacaciones en el paraíso cada dos por tres. En clase, al no tener ella ojos en la espalda, en cuanto se volvía hacia la pizarra pasaban todo tipo de cosas, así que decidí convertirme en los ojos de su espalda. Me chivaba de todo, de todos y a todas horas. De los lanzadores de bolitas de papel maché, de los que charlaban, de los que jugaban con el pegamento, de los que hacían trampa o muecas y de muchas cosas más. La primera vez, ¡qué emoción! La verdad es que nadie se lo esperaba, así que se hizo un gran silencio muy incómodo y al final de la clase la señorita llamó al lanzador de bolitas, pero se olvidó por completo de darme las gracias. Las siguientes veces parecía realmente contrariada y se pasaba las manos por el arenoso y tormentoso pelo para dar a entender que estaba molesta, hasta que un día fue a mí a quien llamó. Empezó preguntándose en voz alta qué habría hecho yo en el 39. Entonces me miré los zapatos y le contesté que la pregunta no venía a cuento, que calzaba el 33 y que si hubiera calzado el 39 lo más seguro es que hubiese estado en la clase siguiente, o puede que en la escuela de los mayores. Cuando estaba contrariada, la maestra se hacía preguntas de vendedora de

zapatos, lo que me llevó a pensar que la tormenta no estaba sólo sobre su cabeza, sino también dentro de ella. Luego me dijo que tenía que dejar de hacerle favores, que hacer favores no era eso. No quería tener ojos en la espalda, era su elección y estaba en su derecho. Justo en aquel momento, se sacó el bulto de la manga y se sonó con él, y entonces yo le pregunté si siempre era el mismo pañuelo. Por toda respuesta, ella lo apretó con fuerza en la mano y me gritó que me fuera de clase. Al salir al pasillo, decidí que, aparte de mocos, de aquella mujer no se podía sacar nada. Cuando le conté a mi madre lo de los ojos en la espalda, creyó que era una historia de mi día imaginario.

—¡La delación, qué pasión tan hermosa! —exclamó—. ¡Está perfectísimamente bien, hijo mío! ¡El mundo sigue dando vueltas gracias a usted!

Mentir al derecho, mentir al revés... A veces ya no sabía cómo hacerlo, la verdad.

Después de la escritura, tuvimos que aprender a leer la hora en un reloj con manecillas, y aquello sí que fue tremendo, porque yo ya leía la hora en el reloj de mi padre, que tenía números y se iluminaba por la noche, pero en el reloj de manecillas, que no se iluminaba ni de día ni de noche, no había manera. Era, sin duda, un problema de luces, me dije yo. No conseguir leer la hora era un rollo, pero no conseguir leerla delante de todo el mundo lo era aún más. Durante semanas, hubo relojes en todas las fotocopias de ejercicios, que apestaban a química. Y durante todo ese tiempo, los vagones seguían pasando, constataba la señorita.

—Si no sabes leer la hora, se te va a escapar el tren entero —decía para hacer reír a los demás niños a mi costa.

Además, volvió a llamar a mi madre para hablarle de mis problemas de transporte, olvidándose por completo de comentarle la talla de mis zapatos. Entonces mi madre, que también tenía problemas con el reloj, se enfadó.

—¡Mi hijo ya sabe leer la hora en el reloj de su padre, y con eso le basta! —replicó—. ¡Buena noticia sería que los labradores aprendieran a arar con caballo después de haberse inventado el tractor!

Era una respuesta sensata, pero al parecer, para la señorita, no iba en la dirección correcta. Gritando, le contestó a mi madre que éramos una familia

de chiflados, que nunca había visto nada igual y que en adelante me dejaría por imposible, al fondo de la clase sin preocuparse de mí.

Ese mediodía, unos segundos después de que sonara el timbre, mientras el relojito de papel exigía ser descifrado, nuestro hijo vio, aliviado, con los ojos absortos vueltos hacia la ventana, que el pequeño tren de la otra vida se perdía entre el humo de la locomotora que inundaba el patio, y se alejaba a buen paso.

Después de sacarme de la escuela, mis padres solían decirme que me habían regalado una buena jubilación anticipada.

—¡Seguro que eres el jubilado más joven del mundo! —decía papá con esa risa de niño que a veces les da a los mayores, al menos a mis padres.

Parecían encantados de tenerme siempre a su lado, y yo ya no estaba angustiado por los vagones que pasaban y los trenes que siempre perdía. Había dejado sin pena mi clase y a mi señorita, con su tormentoso peinado y su falso cáncer de manga. A mis padres les sobraban ideas para educarme. Para las matemáticas, me adornaban con pulseras, collares y anillos, me hacían contarlos para que aprendiera a sumar y luego me hacían quitármelo todo, incluidos los calzoncillos, para que aprendiera a restar. Lo llamaban «el estriptis numérico», y era la monda. Con los problemas, mi padre me ponía en situación, como él decía. Llenaba la bañera, iba sacando agua con una botella de litro o de medio y me hacía un montón de preguntas técnicas. A cada respuesta equivocada, me vaciaba la botella sobre la cabeza. Las clases de matemáticas solían ser una gran fiesta acuática. Habían inventado un repertorio de canciones para las conjugaciones, con mímica para los pronombres personales, y yo me aprendía la lección de cabo a rabo, bailando encantado la coreografía del pretérito perfecto. Por la noche les leía las historias que habíamos inventado y puesto por escrito durante el día o les resumía historias ya escritas por los grandes clásicos.

Lo mejor de mi jubilación anticipada era que podíamos marcharnos a España cuando nos daba la gana, y a veces esas ganas eran como las de hacer pipí, aunque se tardaba un poco más en solucionarlas.

—¡Henriette! —decía papá por la mañana—. ¡Vamos a hacer las maletas, que esta tarde quiero tomar el cóctel junto al lago!

Entonces lanzábamos miles de cosas en las maletas. Volaban en todas direcciones.

—¿Dónde están mis alpargatas, Pauline? —gritaba mi padre.

—¡En el cubo de la basura, Georges! —respondía mamá—. ¡Es como mejor le quedan! —Y luego le soltaba—: ¡Georges, no se olvide de su insensatez, podríamos necesitarla!

—¡No se preocupe, Hortense —contestaba él—, siempre llevo una copia encima!

No había ocasión en la que no nos olvidáramos cosas, pero es que hacíamos las maletas muertos de risa y, encima, en un santiamén.

La verdad es que allí abajo todo era muy distinto. La montaña se dividía en cuatro. En los ventisqueros de la cima, la nieve del invierno; el rojo y el marrón del otoño debajo, en las tierras secas y las rocas; los colores frutales de la primavera en las terrazas, y el calor y los olores del verano, agazapados junto al lago, en el valle. Papá decía que, con una montaña como aquella, era como si vivieras todo el año en un solo día. Como íbamos cuando nos parecía, a veces llegábamos cuando los almendros florecían y nos marchábamos cuando las flores de los naranjos acababan de caer. Mientras tanto, hacíamos excursiones alrededor del lago, sesiones de bronceado sin sebo sobre las toallas, barbacoas gigantes o recibíamos a gente que tomaba cócteles con mis padres. Por la mañana, con los restos de las copas, yo me preparaba ensaladas de fruta que se salían de la ensaladera. Los invitados exclamaban que aquello sí era vida y papá respondía que sí, y una buena vida.

Durante sus largas vacaciones parlamentarias, el Crápula venía a visitarnos; decía que los senadores son como los niños, que necesitan mucho descanso. Para que se notara que estaba de vacaciones, se ponía un gran sombrero de paja y se pasaba el día con el torso desnudo, algo impresionante, teniendo en cuenta el tamaño de su barriga, muy redonda, y la cantidad de vello que la cubría. Se pasaba las horas muertas sentado en la terraza, contemplando la vista, comiendo y bebiendo fruta. Al caer la tarde, gritaba el nombre de su amiga, que resonaba en todo el valle: «¡Caipiroska-aaa-aaa-aaa!» Aseguraba que su vida sería un completo éxito cuando lograra sostener un plato y los correspondientes cubiertos sobre la panza, así que siempre estaba comiendo y

bebiendo, esforzándose al máximo para triunfar en la vida. Al principio de la visita, con el sol, se ponía mucho más rojo de lo habitual; papá decía que aquello «superaba lo razonable», de lo cual yo deducía que la razón debía de ser de un rojo muy intenso, difícil de sobrepasar en los muestrarios de colores. Luego, conforme avanzaban sus largas vacaciones parlamentarias, el senador se volvía completamente marrón. Cuando echaba una cabezada, me encantaba ver cómo le sudaba la barriga, porque siempre se le llenaba de ríos diminutos que serpenteaban entre los pelos hasta desembocar en su ombligo. Cuando estábamos juntos, el Crápula y yo jugábamos al «pillababa». Había inventado ese juego expresamente para mí. Nos poníamos el uno enfrente del otro, abríamos la boca de par en par y teníamos que acertarnos con olivas rellenas o almendras saladas. Había que apuntar bien, porque si la anchoa te caía en un ojo, picaba, y la sal también. Como aquello duraba un buen rato, siempre acabábamos babeando profusamente.

Cuando papá estaba escribiendo, el Crápula nos acompañaba a mamá y a mí a la montaña. La cosa siempre empezaba igual, con él avanzando muy por delante de nosotros, diciendo que estaba acostumbrado, porque se acordaba de cuando había hecho la mili. Pero a medida que sus recuerdos se alejaban, lo alcanzábamos y luego, cuando ya no le quedaba ninguno y chorreaba sudor por todas partes, lo dejábamos atrás. Entonces se sentaba en una roca y nosotros nos íbamos a comer espárragos silvestres o higos chumbos, a coger tomillo, romero y piñones, y después lo recogíamos al bajar, cuando ya se había secado del todo. A veces se ponía serio, por ejemplo cuando me daba consejos para mi vida futura. Hubo uno que se me quedó grabado, porque llevaba «la impronta del sentido común», aseguraba el Crápula para subrayar su lógica y su importancia.

—Mira, chico, en el mundo hay dos tipos de personas a las que hay que evitar a toda costa. Los vegetarianos y los ciclistas profesionales. Los primeros, porque alguien que se niega a comerse un entrecot tiene que haber sido un caníbal en otra vida. Y los segundos, porque un hombre que se pone un supositorio en la cabeza y exhibe descaradamente sus atributos enfundado en unas mallas fluorescentes para subir una cuesta en bicicleta no puede estar bien de la azotea. Así que, si un día te encuentras con un ciclista vegetariano, sigue mi consejo, chaval: ¡empújalo con todas tus fuerzas para ganar tiempo y

corre tan deprisa y tan lejos como puedas!

Le di las gracias muchas veces por sus consejos filosóficos.

—¡Los enemigos más peligrosos son aquellos de los que menos se sospecha! —admití, agradecido.

Puede que el Crápula acabara de salvarme la vida y, aunque sólo fuera por eso, me pareció que aquello, en efecto, merecía llevar la impronta del sentido común.

Para el cumpleaños de mamá, mientras papá y el Crápula salían en barca a primera hora de la mañana con la intención de preparar unos fuegos artificiales en la orilla del lago, nosotros nos fuimos a comprar botellas, jamón, paella, sepias enteras, sepias cortadas en forma de pulsera, velas, helados, pasteles y más botellas. A la vuelta, mamá me pidió que le contara historias extraordinarias mientras ella buscaba la ropa adecuada para su fiesta de cumpleaños. Aquello siempre duraba horas. Se ponía sus vestidos, me pedía mi opinión, que siempre era favorable, y luego se la pedía al espejo, que era el que tenía la última palabra, porque, según decía ella:

—El espejo es más objetivo, juzga de verdad, en ocasiones con crueldad, pero sin que intervengan los sentimientos.

Así que volvía a cambiarse, revolvía entre los vestidos, bailaba en ropa interior, decía que aquello estaba perfectísimamente bien, pero no del todo, y volvía a empezar, poniéndose las mismas prendas, pero en distinto orden. Del lago nos llegaba el ruido intermitente de los preparativos, las risas y los gritos, que a veces eran aullidos:

—¡Así no, Crápula, pula, pula...! —decía el eco de papá.

—¡Nos vamos a hundir, hundir, hundir...! —le respondía el del Crápula.

—¡Deja de moverte, erte, erte...! —suplicaba mi padre.

—¡Salud, alud, alud...! —entonaban a coro.

Como por arte de magia, mamá daba con la ropa apropiada minutos antes de que llegaran los invitados, y siempre conseguía dar el pego. Lo que tardaba en pintarse los labios y peinarse las largas pestañas, y allí estaba, recibiendo a la gente con la gracia natural de quien se ha levantado así de la cama. Su aspecto impecable también era una mentira, pero ¡qué espléndida mentira! Mientras esperaban a que se hiciera de noche, en la terraza adornada con colgaduras blancas, la gente bebía e intercambiaba cumplidos sobre sus bronceados, sus

trajes, sus cónyuges, y se felicitaban por aquel tiempo increíble, que sin embargo no era mérito suyo. *Doña Superflua*, ataviada con un collar de moneditas hecho a medida, se paseaba entre los invitados como una esnob y no se cortaba a la hora de picotear trozos de sepia frita salpicando de aceite los pantalones demasiado cercanos. Luego, cuando el último gajo de sol desaparecía tras la cima de la montaña, *Bojangles* retumbaba en el ambiente gracias a la suave y cálida voz de Nina Simone y el eco de su piano. Era tan bonito que todo el mundo se callaba para mirar a mamá, que lloraba en silencio. Yo le secaba las lágrimas con una mano y con la otra cogía las suyas. A menudo era en sus ojos donde, tras el silbido del despegue, veía estallar los primeros fuegos artificiales. Los haces luminosos del inicio despleaban sus colores en el cielo y, reflejados en el lago, tomaban la dirección opuesta. Aquellos fuegos siameses dejaban boquiabierto y sin respiración a todo el mundo. Después, poco a poco, empezaban a oírse aplausos, tímidos como un chapoteo al principio, para no molestar, pero luego iban creciendo hasta confundirse con el petardeo multicolor. Siseaban, crepitaban, explotaban y a continuación se deshilachaban lentamente para volver a estallar con fuerzas renovadas. Tras la traca final, la que más lejos llegaba, la que más alto y más ruidosamente subía, cuando las lentejuelas de fuego se dispersaban derramándose poco a poco sobre la colcha estrellada del lago, mamá me susurraba:

—*He jumped so high, he jumped so high, then he lightly touched down...*

Y entonces nos poníamos a bailar.

—*¡No me diga que se marcha otra vez a trabajar! Pero ¡está usted matándose, mi pobre Georges! ¿Qué día es hoy?* —gimió ella antes de soltar la almohada y agarrarse a mí.

—*Miércoles, Eugénie, hoy es miércoles, y los miércoles siempre trabajo, igual que todos los demás días de la semana* —respondí como todas las mañanas, dejándome envolver de buena gana por su cálido y mimoso cuerpo.

—*¡Ah, sí, es verdad, los miércoles siempre trabaja! Pero tranquilíceme: estas tonterías no van a durar toda la vida, ¿verdad?*

—*Me temo que sí, usted seguramente no lo sabe, pero para muchos seres humanos es el pan nuestro de cada día* —respondí y después, con los dedos, intenté alisarle las enfurruñadas y fruncidas cejas.

—*Entonces, explíqueme por qué el vecinito de abajo no trabaja nunca los miércoles* —me exigió, subiéndose encima de mí y clavando sus inquisidores ojos en los míos.

—*Porque es un niño, querida amiga, y los niños no trabajan los miércoles.*

—*Debería haberme casado con un niño en vez de con mi abuelo, mi vida habría sido mucho más divertida, al menos los miércoles* —concluyó, afligida, antes de dejarse caer de nuevo sobre el costado.

—*Sí, supongo que sí, aunque habría estado feo, muy feo. Además, lo prohíben la ley y la moral.*

—*¡Ya, pero al menos los niños se divierten los miércoles, mientras que yo lo espero a usted y me aburro! ¿Y el señor del primero? ¿Por qué tampoco trabaja nunca? Lo veo sacar el cubo de la basura todos los días a mediodía, cuando vuelvo de comprar. ¡Baja el cubo con los ojos legañosos y el pelo revuelto! Siempre va vestido con ropa de deporte, aunque no debe de hacer mucho, porque está gordo y seboso como un cerdo. ¡No me diga que él también es un niño, porque voy a creer que me toma por idiota!*

—No, el señor del primer piso es distinto, está en el paro, e imagino que le encantaría trabajar los miércoles, como hago yo.

—¡Qué suerte tengo, le entregué mi mano al único panoli que trabaja los miércoles! —exclamó desconsolada, cerrando los ojos y tapándose los con la mano para esconderse de la horrible realidad.

—Si quiere mantenerse ocupada, se me ocurre una idea...

—¡Usted y sus sórdidas ideas! ¡Lo veo venir, quiere que me ponga a trabajar! Ya le he dicho que lo intenté una vez. Me acuerdo perfectamente, fue un jueves por la mañana.

—Sí, lo sé, yo también me acuerdo perfectamente. Trabajó en una floristería y la despidieron porque se negaba a cobrar los ramos...

—Pero ¿en qué mundo vivimos? Las flores no se venden, las flores son hermosas y gratuitas, basta con agacharse y cogerlas. ¡Las flores son la vida y, que yo sepa, la vida no se vende! Además, no me despidieron, me fui yo por mi propia voluntad, me negué a participar en esa estafa generalizada y aproveché la pausa de la comida para irme con el ramo más grande y más bonito que se haya confeccionado en el mundo.

—Dice mucho de usted que fuera capaz de hacer compatibles sus principios con un comportamiento de ladrón. Ya existía un Robin de los bosques, pero yo me he casado con la Robin de las flores. Y mi idea era que, ya que no quiere buscar trabajo, al menos ayudase al vecino a encontrar uno... Nuestra agenda está repleta de direcciones de gente importante, así yo no seguiría siendo el único panoli del edificio que trabaja los miércoles.

—Pero ¡qué idea tan maravillosa! Voy a organizar una comida para ayudar al vecino a encontrar trabajo. ¡Será la gran comida del empleo! Pero antes voy a llevarlo a comprarse un traje y unos zapatos; no se puede buscar trabajo vestido con un chándal lleno de agujeros y calzado con chancletas —decidió antes de convertir la cama en un trampolín.

Saltos mortales, aplausos, euforia. En el mejor de los casos.

Desde nuestro explosivo primer encuentro, ella siempre fingía ignorar la realidad de una forma encantadora.

Y yo fingía creer que ella lo hacía adrede, porque le salía muy natural. Después del incidente de la piscina, habíamos huido de la fiesta dejando atrás nuestra farsa, a una concurrencia indignada y a una pobre arpía a

punto de ahogarse. Condujimos toda la noche cantando ¡chof, chof! y ¡glu, glu! y riendo como locos.

—¡Pise el acelerador o nos alcanzarán sus mentiras! —aullaba ella de pie y con los brazos levantados en el coche descapotado.

—¡No puedo, la aguja del velocímetro está en lo más alto y la de la gasolina en lo más bajo, si seguimos así nos estrellaremos contra su locura!

A la entrada del pueblecito de Paradou, en plenos Alpillles, el coche empezó a hipar de un modo penoso, como implorándonos piedad, y acabó parándose del todo delante de una ermita de vetustas puertas rojas con herrajes oxidados.

—¡Vamos a casarnos ahora mismo, si no luego se nos olvidará! —propuso ella saltando por encima de la portezuela con una torpeza tan enternecedora como altiva.

Nos casamos sin cura ni testigos, pronunciando mil votos inventados. Cantamos dando palmas ante el altar, como en las bodas de los negros en Estados Unidos. En la escalinata de la entrada, bailamos al ritmo que sonaba de la radio del coche, una preciosa canción de Nina Simone, una canción que resuena aún a todas horas del día y de la noche.

Sus extravagancias llenaron mi vida, anidaron en cada uno de sus rincones y ocuparon toda la esfera del reloj, devorando todos sus instantes. Yo había recibido su locura con los brazos abiertos, y luego los había cerrado para estrecharla con fuerza e impregnarme de ella, pero temía que aquel dulce desvarío no fuera eterno. Para ella, lo real no existía. Había encontrado a un don Quijote con falda y botas que todas las mañanas, con los ojos apenas abiertos y todavía hinchados, saltaba sobre su jamelgo y le golpeaba frenéticamente los flancos para salir al galope e ir al asalto de sus lejanos molinos cotidianos. Había conseguido dar sentido a mi vida transformándola en un caos permanente. Su trayectoria era clara, tenía mil direcciones, millones de horizontes, mi papel consistía en hacer que la intendencia la siguiera a su ritmo, en proporcionarle los medios para vivir su locura sin preocuparse de nada más. Cuando, estando en África, encontramos una grulla herida a la orilla de un sendero, se empeñó en recogerla para cuidarla. Tuvimos que alargar nuestra estancia diez días. Luego, cuando el ave sanó, quiso llevársela a París, pero no entendía que,

para cruzar la frontera, hubiera que obtener permisos, cubrirlos de sellos y firmas y rellenar montañas de impresos.

—Y todas estas majaderías, ¿para qué? ¡No me diga que cada vez que esta ave sobrevuela una frontera tiene que rellenar este formulario y vérselas con todos estos funcionarios! ¡Hasta la vida de los pájaros es un calvario! —gritó exasperada mientras aporreaba el escritorio del veterinario con los sellos de goma.

Otra vez, durante una cena, mientras un invitado al que nadie le había preguntado nada le explicaba amablemente que, en francés, la expresión «un castillo en España» era sinónimo de «quimera», ella, mirándolo desafiante con sus ojos verdes, le dio cita un año más tarde en un castillo español para tomar un aperitivo.

—¡Dentro de un año estaremos bebiendo champán en nuestro castillo en España! ¡Y le garantizo que será usted quien pierda la apuesta!

Para ganarla, tuvimos que volar a la costa levantina todos los fines de semana siguientes, hasta echarle el ojo a una enorme mansión, coronada por una torrecilla con almenas, que los habitantes del pueblo cercano llamaban de manera vaga «el castel». Aquella vida exigía una dedicación total y absoluta, de modo que, cuando al fin le di el hijo que me pedía todas las mañanas, sabía perfectamente que un día tendría que despedirme de mis talleres y liquidarlo todo para dedicarme en exclusiva a mi familia. Era consciente de que un día su locura podía acabar desbordándose; no tenía la certeza, pero con un hijo, mi deber era estar preparado. Ya no se trataba únicamente de mi vida, habría un niño de por medio, y quizá la cuenta atrás hubiera empezado. Sobre ese «quizá», bailábamos y celebrábamos fiestas todos los días.

5

La metamorfosis de mamá se inició poco después de uno de sus cumpleaños.

A primera vista casi no se notaba, pero había un cambio de ambiente, de humor en torno a ella. No vimos nada, sólo lo percibimos. Había pequeños detalles en sus gestos, sus parpadeos, sus aplausos, un tempo distinto. Para ser sincero, al principio no vimos nada, sólo lo sentimos. Nos dijimos que su originalidad seguía subiendo peldaños, que había llegado al siguiente rellano. Luego empezó a irritarse con más frecuencia y le duraba más, pero no era alarmante. Por otro lado, bailaba tanto como antes, aunque es cierto que con más abandono y frenesí, sin que llegara a ser preocupante. Bebía algún que otro cóctel más, a veces recién levantada, pero las horas y la cantidad eran prácticamente las de antes, no alteraban el orden de las cosas. Así que seguimos con nuestra vida, nuestras fiestas y nuestros viajes al paraíso.

Eso es lo que escribió mi padre para explicar lo que pasaba.

Lo que reveló el cambio de carácter de mamá fue el timbre de la puerta. O más bien quien lo tocó. Con las mejillas hundidas, ese peculiar color de tez que sólo puede dar el trabajo de oficina y un sentido del deber que había desteñido sobre su gabardina, el inspector de Hacienda les dijo a mis padres que se habían olvidado de pagar desde hacía mucho tiempo, tanto que llevaba un grueso expediente bajo el brazo, porque la memoria no le bastaba. Mi padre se llenó la pipa sonriendo y fue a buscar un talonario al mueble de la entrada, sobre el que estaba colgado el cuadro del jinete. Pero cuando el señor de los impuestos anunció el total, más la multa por el retraso, a papá se le cayó la pipa al suelo. La multa sola ya subía un pico, así que el total era para caerse de espaldas. Caerse de espaldas literalmente, porque mamá empezó a empujar con furia al señor de Hacienda, que se cayó por primera vez. Entonces papá intentó calmarla y luego levantó al de los impuestos cogiéndolo por la manga con decisión y disculpándose con sinceridad, pero sin achantarse. Aun así, el

hombre de Hacienda empezó a gritar:

—¡Tendrán que pa-pa-pagar ahora mismo! ¡Pagar los impu-puestos es un deber para con la so-so-sociedad! ¡A ustedes bien que les gu-gusta usar las ro-ro-rotondas! ¡Son unos aprovechados sin-sin... sin escrú-crú-crú-crúpulos!

—¡Será patán! —le espetó mamá aullando con una ferocidad inaudita—. ¡Encima nos insulta! ¡Nosotros, señor mío, nunca vamos por las rotondas, no somos de esa clase de gente! ¡Por las aceras, puede, pero por las rotondas jamás! ¡Y si pagar impuestos está tan bien, adelante, no tiene más que pagar los nuestros!

Mientras mi padre intentaba volver a encender la pipa observando a mi madre con perplejidad, ella se apoderó del paraguas que había junto a la puerta, lo abrió y lo utilizó para echar al de los impuestos fuera del piso.

—¡Esto también lo pagarán caro! ¡Lo pagarán todo! —gritó el hombre de Hacienda al tiempo que retrocedía por el rellano—. ¡Su vida va a convertirse en un infierno!

Entonces mi madre, usando el paraguas a modo de aguijón, obligó a bajar la escalera al esbirro del fisco, que se agarraba al pasamanos rugiendo valerosamente. Se caía, volvía a agarrarse, resbalaba, se levantaba... Mamá sometió su sentido del deber a una dura prueba. Por un breve instante, incluso pude ver desfilas su larga carrera ante sus obstinados y enrojecidos ojos. Cuando papá consiguió detenerla rodeándola con los brazos, mi madre ya le había hecho bajar varios pisos. Después de dos llamadas amenazadoras por el interfono, el hombre de Hacienda se fue a buscar dinero para sus rotondas a otra parte, a casa de otra gente. Tras reírnos mucho los tres, mi padre le preguntó:

—Pero bueno, Hortense, ¿qué le ha pasado, qué le ha dado? Ahora vamos a tener problemas, y de los gordos...

—¡Los problemas ya los tenemos, mi pobre Georges! Sí, porque ahora es usted pobre, Georges. ¡Los tres somos pobres! Qué cosa tan vulgar, tan corriente, tan triste... Tendremos que vender el piso... ¿Y me pregunta qué me ha dado? ¡Vamos, Georges, nos lo han quitado todo! Todo, ya no tenemos un céntimo... —respondió mamá, y miró febrilmente a su alrededor para asegurarse de que el piso aún era real.

—Claro que no, Hortense, no lo hemos perdido todo, encontraremos una solución. Para empezar, en el futuro habrá que abrir el correo, eso puede ayudar —dijo mi padre mirando en dirección a la montaña de cartas con un

dejo como de remordimiento administrativo en la voz.

—¡Hortense no, hoy no! Me han robado hasta mi verdadero nombre, ya no tengo nombre... —sollozó mamá dejándose caer sobre el montón de papel.

—La venta del piso dará para mucho más que el pago de la deuda, y aún nos queda el castillo en España, que no es ninguna chabola. Además, podría volver a trabajar...

—¡De eso nada! ¡Usted no volverá a trabajar mientras yo viva! ¿Me ha oído? ¡Jamás! —gritó histérica, dando manotazos a las cartas como haría un bebé furioso y desesperado con el agua de la bañera—. ¡No puedo pasarme el día esperándolo, no puedo vivir sin usted! Su sitio está a nuestro lado... ¡Ni un segundo, y menos un día! Es más, me pregunto cómo se las arreglan las otras para vivir sin usted —susurró con la voz ahogada por los sollozos, pasando de una cólera ciega a una tristeza sorda en apenas unas sílabas.

Aquella noche, en mi habitación, mientras contemplaba las dos camas de las que tendría que despedirme, me pregunté por qué el senador no me había puesto en guardia también contra los hombres de los impuestos. ¿Y si aquél era vegetariano y ciclista? No me atrevía a imaginármelo. Tal vez incluso habíamos salido bien parados, me dije con un estremecimiento de terror, antes de acribillar con dardos a Claude François, con puntería, pero sin entusiasmo.

Con los recursos de apelación y la ayuda del Crápula, conseguimos ganar tiempo. La venta del piso y la mudanza no fueron inmediatas. Después de su conmoción fiscal, mi madre volvió a comportarse como antes. Bueno, casi. Durante las cenas, a veces le entraba una risa loca e interminable y acababa agachada debajo de la mesa, dando palmadas en el parquet. Dependiendo de los invitados o los temas tratados, los comensales se sumaban a la hilaridad o bien no decían nada, no se reían, no lo entendían. En esos casos, papá la levantaba susurrándole palabras tranquilizadoras y limpiándole con ternura los churretones de maquillaje corrido. Se la llevaba a su dormitorio y se quedaba con ella el tiempo que hiciera falta. En algunas ocasiones tardaba tanto que los invitados se iban para no molestar. Mamá tenía una risa loca extraña y triste.

El problema con el nuevo estado de mamá era, según decía papá, que te tenía en ascuas. En ese terreno podía fiarme de su palabra, porque era la palabra de un experto. Durante semanas enteras, no le daba ninguna risa loca

triste, ningún ataque de ira. Tiempo suficiente para que nos olvidáramos de sus disparates y sus malos modos. A lo largo de esos períodos nos parecía más encantadora que nunca, incluso más asombrosa que antes, cosa que no era sencilla. Pero ella lo conseguía con la mayor facilidad.

El problema con el nuevo estado de mamá era que no tenía agenda, no tenía hora fija, no pedía cita, aparecía por las buenas, como un patán. Esperaba pacientemente a que nos hubiéramos olvidado y que hubiésemos retomado nuestra vida de antes, y se presentaba sin llamar, sin tocar el timbre, por la mañana, por la tarde, durante la cena, después de una ducha, durante un paseo. Entonces no sabíamos qué hacer ni cómo hacerlo, aunque, al cabo de un momento, teníamos que habernos acostumbrado. En caso de accidente hay manuales de primeros auxilios para salvar a las víctimas, pero para aquello no había nada. A cosas así no te acostumbras nunca. De modo que papá y yo nos mirábamos siempre como si aquella fuera la primera vez. Al menos durante los segundos iniciales, hasta que nos acordábamos y nos volvíamos hacia todas partes preguntándonos de dónde podía venir aquella nueva recaída. Pero no venía de ningún sitio, ése era el problema.

También nosotros nos pegamos nuestros buenos lotes de risas tristes y locas. Durante una cena en la que un invitado no paraba de decir «me apuesto los calzoncillos» cada vez que afirmaba algo, vimos a mamá levantarse, subirse la falda, bajarse las bragas, quitárselas y lanzarlas a la cara del apostante, justo contra su nariz. Las bragas alzaron el vuelo, cruzaron silenciosamente la mesa y aterrizaron en su nariz. Ocurrió tal cual, en plena cena. Tras un breve silencio, una señora exclamó:

—¡Ha perdido la cabeza!

—No, señora, no he perdido la cabeza —le contestó mi madre después de vaciar su copa de un trago—. En el peor de los casos, habré perdido las bragas.

Fue el Crápula quien nos salvó del desastre. Echándose a reír a mandíbula batiente, arrastró consigo al resto de la mesa y el drama en ciernes se transformó en la anécdota de las bragas voladoras. Sin las carcajadas del Crápula, nadie se habría reído, eso seguro. Como los demás, papá lloró de risa, pero tapándose la cara.

Otra vez, a la hora de mi desayuno, una mañana en que mis padres aún no se

habían acostado, algunas parejas seguían bailando y haciendo ruidos raros en el salón, el Crápula dormía sobre la mesa de la cocina con la nariz sobre el puro y el puro aplastado en el cenicero y *Doña Superflua* hacía la ronda por los dormitorios para despertar a los evadidos de la fiesta, vi a mi madre salir desnuda del cuarto de baño encaramada en unos zapatos de tacón alto. Sólo el humo del cigarrillo cubría su cara a intervalos y de forma desigual. Mientras buscaba sus llaves en el mueble de la entrada, le anunció a mi padre como si tal cosa que iba a buscar ostras y Muscadet frío para los invitados.

—Pero tápese, Elsa, que va a coger frío —le dijo él con una sonrisa inquieta.

—Tiene toda la razón, Georges, ¡qué haría yo sin usted! Lo quiero, ¿sabe? —respondió mamá antes de coger un gorro de esquí del perchero. Tan tranquila.

Y desapareció adelantándose un instante al estruendo de la puerta cerrada por la corriente. Desde el balcón, papá y yo la vimos avanzar con paso firme y la barbilla erguida, haciendo caso omiso de las miradas, dominando las aceras, lanzando la colilla al aire con dos dedos y limpiándose los pies en la esterilla antes de entrar en la pescadería. Durante el rato que estuvo en la tienda, mi padre le contestó con retraso, susurrando con los ojos anegados en lágrimas:

—Sí, claro que sé que me quiere, pero ¿qué voy a hacer con ese amor loco? ¿Qué voy a hacer con ese amor loco?

Luego, cuando mamá salió de la pescadería sonriendo en nuestra dirección como si lo hubiera oído, con una bandeja de ostras en un brazo y dos botellas encajadas entre los pechos en el otro, mi padre suspiró:

—Qué maravilla... No puedo estar sin ella... Desde luego que no... Esta locura también es mía.

A veces, mamá se embarcaba en las empresas más disparatadas con un entusiasmo sorprendente. Después el entusiasmo se esfumaba y las empresas también, y sólo quedaban las sorpresas. Cuando empezó a escribir su novela, encargó cajas enteras de lápices y de papel, una enciclopedia, un escritorio enorme y una lámpara. Instalaba el escritorio ante una ventana distinta cada vez para inspirarse, y luego frente a la pared para concentrarse. Pero cuando se sentaba, como ni la inspiración ni la concentración hacían acto de

presencia, montaba en cólera, lanzaba los papeles por los aires, partía los lápices, golpeaba el escritorio con la palma de las manos y apagaba la lámpara. La novela había llegado a su fin antes de que ni siquiera el comienzo de una frase quedara plasmado en la tonelada de papel. Después se propuso volver a pintar el piso para darle más valor de cara a los futuros compradores. Encargó botes de pintura hasta que no cupieron más. Pinceles, rodillos, productos tóxicos, un taburete, una escalera de mano, cinta adhesiva y rollos de plástico para proteger el parquet, los muebles y los zócalos. Luego, tras cubrir todo el suelo con el plástico y probar todos los colores de pintura con pequeñas pinceladas en cada una de las paredes, abandonó diciendo que aquello no servía para nada, que a fin de cuentas todo estaba perdido, que el piso se vendería pintado o sin pintar. Durante semanas, nuestra casa pareció un inmenso congelador lleno de productos fríos envasados al vacío. En cada ocasión, papá intentaba hacerla entrar en razón, pero ella se comportaba con la mayor naturalidad y lo miraba sin comprender dónde estaba el problema, así que él acababa rindiéndose e, impotente, veía a su mujer desvanecerse junto con sus absurdos planes. El problema era que estaba perdiendo la cabeza por completo. Desde luego, la parte visible seguía sobre sus hombros, pero nadie sabía adónde iba el resto. La voz de mi padre ya no bastaba para calmarla.

Fue una tarde como cualquier otra cuando nuestra vida se deshizo en humo. Un humo químico, de antracita. Papá y yo habíamos salido a hacer unas compras sin importancia —vino, productos de limpieza, pan, simple intendencia—, pero a mi padre se le metió en la cabeza ir también a la floristería favorita de mamá.

—A Madeleine le encantan sus ramos. No nos pilla de camino, pero la alegría que se llevará bien compensa el rodeo.

Y el rodeo fue largo: los atascos, los clientes —numerosos y pesados—, nuestra cuidadosa selección, la composición del ramo, otra vez los atascos, estacionar en el garaje y, en nuestra calle, una nube. De la ventana de nuestro salón, en el cuarto piso, brotaba una columna de humo espesa y negruzca, escoltada por virulentas llamas que dos bomberos encaramados en una gigantesca escalera trataban de extinguir. Para poder acercarnos al camión y al estruendo de las sirenas, tuvimos que atravesar la compacta multitud de curiosos, que mostró su enfado al ver perturbada su contemplación dando

gritos y codazos.

—¡A ver si nos tranquilizamos! ¡No empujes, chaval! ¡Además, es demasiado tarde, ya no hay nada que ver! —me advirtió secamente un viejo que me cerraba el paso con el brazo mientras yo intentaba apartarlo para avanzar.

Al final se dignó dejarme pasar, aullando para que le soltara el pulgar de entre los dientes.

—¡Oh, flores! ¡Son ustedes un encanto! —exclamó mamá, tumbada en una camilla y cubierta con una sábana de papel dorado.

Tenía la cara embadurnada de negro y gris y cubierta de polvo blanco, pero no parecía preocupada en absoluto.

—¡Todo arreglado, amores míos! He quemado nuestros recuerdos, ¡eso ya no nos lo podrán embargar! ¡Qué calor hacía ahí dentro, Dios mío! Pero bueno, ¡ahora ya está! —declaró mientras ejecutaba una confusa coreografía con las manos, satisfecha de sí misma.

Sobre los hombros desnudos llevaba pegadas bolas de plástico quemado.

—Ya ha pasado todo, ya ha pasado todo... —le repetía mi padre, que en realidad no sabía qué hacer, aparte de limpiarle la frente e interrogarla con la mirada sin preguntarle nada ni llamarla por ningún nombre.

Yo tampoco sabía qué decir, así que callaba y me limitaba a picotearle con silencioso cariño las manos tiznadas.

El jefe de los bomberos nos explicó que mamá había trasladado al salón la montaña de cartas y todas las fotos que había en la casa y les había prendido fuego; que el salón, cubierto de plástico del suelo al techo, se había convertido al instante en un inmenso horno; que la habían encontrado tan tranquila en un rincón de la entrada, abrazada a un tocadiscos y a un pájaro enorme completamente enloquecido; que tenía quemaduras producidas por fragmentos de papel en llamas, pero que no eran graves; que sólo había sufrido daños el salón, que el resto del piso estaba intacto. Vamos, que según el jefe de los bomberos, todo iba casi bien. Pero eso estaba por ver.

Nadie pudo aportarnos pruebas de que todo fuera casi bien. Ni siquiera los policías que interrogaron durante largo tiempo a mamá, tirándose de los pelos ante su desconcertante aplomo y sus afirmaciones sorprendentes:

—¡Me he limitado a destruir lo que quería conservar! ¡De no ser por esas estúpidas lonas de plástico, no habría pasado nada!

—¡No, no tengo nada contra los vecinos! ¡Si hubiera querido achicharrarlos, habría incendiado sus pisos, no el mío!

—¡Sí, me encuentro perfectamente, gracias! ¿Acabará pronto este circo? ¡Qué alboroto por unos cuantos papeles quemados!

Al verla sonreír y responder con tranquilidad, papá me cogió la mano para que lo sostuviera en pie. Tenía la mirada apagada. En su empeño por extinguir, por sofocarlo todo a su paso, los bomberos también habían hecho desaparecer el fuego de los ojos de mi padre. Cada vez se parecía más al jinete prusiano del cuadro de la entrada: su rostro era joven, pero estaba ligeramente agrietado; su ropa era elegante pero anticuada; podías mirarlo, pero no preguntarle nada; parecía venir de otra época, una que había llegado a su fin, que acababa de terminar.

En la clínica tampoco nos proporcionaron ninguna prueba de que todo fuera casi bien. La única que opinaba que todo iba de maravilla era mamá.

—¡Para qué vamos a entrar en ese edificio tan deprimente cuando podríamos pasar la tarde bailando! El salón de casa está condenado, pero haremos sitio en el comedor... ¡Y pondremos *Bojangles*! ¡El disco no se ha estropeado! ¡Hace tan buen tiempo! ¿No tienen otro paseo que proponerme? ¡No son ustedes nada divertidos, la verdad! —refunfuñó antes de aceptar acompañarnos.

Al entrar y ver la cara de preocupación del médico, le soltó:

—¡La verdad, doctor, no sé yo cuál de los dos está peor! Si puede permitirse perder una tarde, le aconsejaría que fuera a ver a alguien. ¡No me extraña, tratando todo el día con enfermos mentales! ¡Eso tiene que pasar factura! ¡Ni siquiera su bata tiene buena pinta!

El comentario hizo sonreír a mi padre, pero no al médico, que, mirando a mi madre con la cabeza inclinada, nos pidió que lo dejáramos solo con ella. La entrevista duró tres horas, durante las cuales la pipa de mi padre no paró de echar humo, ni nosotros, de pasearnos ante el enorme y deprimente edificio.

—Ya verás —me decía él—, esta pesadilla acabará, todo se arreglará, mamá recuperará el sentido común, y nosotros, nuestra vida. Siempre tiene tanto humor... Alguien tan divertido no puede estar mal del todo.

A fuerza de oírsele repetir, acabé por creérmelo, y mi padre también. Así que, cuando el médico quiso hablar con él en privado, se marchó guiñándome un ojo. Aquel guiño significaba que la pesadilla acabaría enseguida.

Pero el médico no era de esa opinión, así que, al ver la cara de mi padre cuando salió de su despacho, supe al instante que el guiño había sido una mentira involuntaria.

—Van a quedarse a tu madre en observación algún tiempo, es lo mejor. Así, cuando salga, estará curada del todo. Unos días más y todo habrá acabado. Mientras tanto podemos arreglar los destrozos del salón para cuando vuelva. Tú elegirás el color de la pintura, ¡ya verás cómo nos divertimos! —aseguró, aunque sus dulces y tristes ojos decían todo lo contrario.

Para ser bueno conmigo, también mi padre era capaz de decir mentiras al revés.

6

Los médicos nos explicaron que había que proteger a mamá de sí misma para proteger a los demás. Papá dijo que sólo a los médicos de la «azotea» se les ocurrían frases como ésa. Mi madre estaba ingresada en la segunda planta de la clínica, la de los que habían perdido la cabeza. La mayoría no la habían perdido del todo, se les iba poco a poco, así que esperaban tranquilamente a que acabara de marchárseles atiborrándose a pastillas. En el pasillo había mucha gente que por fuera parecía normal, pero que en realidad estaba casi vacía por dentro. La segunda planta era una enorme sala de espera para acceder a la tercera, la de los decapitados mentales. Allí los pacientes eran mucho más divertidos. En su caso, la pérdida se había consumado, los medicamentos habían arramblado con todo, no quedaba más que locura y aire. Cuando papá quería estar a solas con mamá para bailar la lenta de los sentimientos, o hacer cosas que no eran asunto de niños, a mí me encantaba pasearme por la planta de arriba.

Allí estaba Sven, mi amigo holandés, que hablaba decenas de idiomas en una sola frase. Sven tenía una cabeza muy grande y un solo diente muy raro justo en la parte de delante, que le hacía escupir un montón de saliva y amenazaba con caérsele en cualquier momento. En su vida anterior, Sven había sido ingeniero, por eso apuntaba millones de datos en su cuaderno escolar. Lo apasionaban muchísimas cosas importantes. Por ejemplo, anotaba los resultados de polo desde hacía años. Podías preguntarle lo que fuera, buscaba en el cuaderno y, milagrosamente, encontraba el tanteo garabateado en la esquina de una hoja, era increíble. También le interesaban las vidas de los papas, y pasaba lo mismo: te decía la nacionalidad, la fecha de nacimiento, la duración de su papado... Era un auténtico pozo de sabiduría. Los medicamentos habían olvidado vaciar una habitación de su cabeza que estaba llena hasta el techo. Pero si algo le gustaba a Sven por encima de todo, era la canción francesa. Siempre lo veías con el walkman sujeto a la cintura y los

auriculares alrededor del cuello; era una máquina de discos andante. Cuando cantaba, yo me apartaba un poco, porque me daba miedo que el diente le saliera disparado y me diera en la cara. Cantaba bien y muy alto, con toda el alma y salivando de felicidad. Una vez incluso cantó una canción de Claude François, una historia sobre un martillo, y entonces comprendí por qué papá lo había convertido en una diana para dardos; realmente, cantar cosas así no era humano. Si yo hubiera tenido un martillo, habría destrozado el walkman para que Sven dejara de cantar aquel bodrio. Pero en general, sus canciones me gustaban mucho, no me cansaba de oírlo, sobre todo cuando al mismo tiempo extendía los brazos y hacía el avión, entonces me entraban unas ganas tremendas de echar a volar con él. Sven era más feliz él solo que todos los médicos y las enfermeras de la clínica juntos.

También estaba Burbuja. El mote se lo puse yo, porque cuando le preguntaba cómo se llamaba, ella nunca me contestaba. Con lo que había que buscarle un nombre, todo el mundo tiene derecho a un nombre, o al menos a un apodo, era mejor para las presentaciones, decidí por ella. Burbuja era sencillo. En su caso, las pastillas se lo habían llevado todo, no habían dejado ni rastro. Era una decapitada mental a jornada completa. Siempre tenía papel de burbujas para embalar en las manos y se pasaba el día haciéndolas estallar, con la mirada clavada en el techo y picoteando pastillas. Como ya no tenía demasiado apetito, se tomaba los medicamentos por el brazo. De ese modo podía tragarse litros sin engordar ni un gramo; era una señora realmente curiosa. Una enfermera me dijo que, antes de que se le fuera la cabeza, Burbuja había hecho cosas muy malas, y que las pastillas impedían que sus demonios malignos volvieran a calentársela. Reventaba las burbujas porque la tenía llena de aire, así siempre estaba en su elemento. Cuando me cansaba de las canciones de Sven, iba a mirar el techo con Burbuja mientras oía el clac, clac del papel de burbujas; era muy relajante. A veces Burbuja dejaba que el aire se le escapara por todas partes, y entonces había que salir huyendo, porque contra eso no había medicamentos.

Burbuja recibía a menudo la visita de Yogur, un tipo curioso que creía que era el presidente. El mote no se lo había puesto yo, sino el personal de la clínica, porque sudaba por todas partes y era tan fofo como el queso fresco; realmente

daba la sensación de que iba a deshacerse delante de ti. Su cerebro se había mudado, pero los medicamentos le habían dado otro completamente nuevo, a estrenar. Yogur tenía unas extrañas verrugas plantares en la cara y siempre llevaba migas de galleta alrededor de la boca; era asqueroso. Para disimular su enorme fealdad, se cubría de brillantina los cuatro pelos que le quedaban, se los ahuecaba y se los echaba hacia atrás; debía de pensar que llevar un ala de cuervo pegada a la cabeza era muy chic. Iba a ver a Burbuja a menudo, y en la clínica todo el mundo decía que sentía algo por ella. Se pasaba horas mirándola balbucir y reventar burbujas mientras él le hablaba de su oficio de presidente. Empezaba todas las frases diciendo «yo, yo, yo». A la larga resultaba agotador. En los pasillos le estrechaba la mano a todo el mundo con una expresión cómicamente seria, para ganar votos. Los viernes por la noche organizaba reuniones para hablar de su presidencia y, acto seguido, celebraba elecciones con una caja de cartón, lo que le producía mucha excitación, aunque siempre saliera elegido él, que era el único candidato. Sven contaba las papeletas, lo apuntaba todo en su cuaderno y luego cantaba los resultados, tras lo cual Yogur se subía a una silla para pronunciar su discurso con aire triunfal. Papá decía que tenía tanto carisma como un taburete de cocina, pero en el fondo todo el mundo lo quería. Como presidente resultaba ridículo, pero como paciente no estaba mal.

Al principio, mamá se aburría como una ostra en la segunda planta, y decía que, puestos a estar loco, más valía estar como una cabra en la planta de arriba. Encontraba a sus vecinos de rellano deprimentes y lamentaba que ni siquiera los medicamentos los volvieran divertidos. Su estado variaba: podía recibirnos haciendo gala de un comportamiento encantador y ponerse histérica cuando íbamos a marcharnos. A veces era a la inversa y para poder quedarnos teníamos que esperar pacientemente a que se calmara, lo que podía llevarle un buen rato. Durante ese tiempo, papá siempre mantenía la misma sonrisa, que a mí me parecía fuerte y tranquilizadora, pero a mi madre, en sus malos momentos, le resultaba exasperante. Vivir cosas así era muy, muy complicado.

Por suerte, conservaba el sentido del humor y en ocasiones nos imitaba a sus vecinos haciendo muecas, hablando a cámara lenta y arrastrando los pies al caminar. Una tarde llegamos y nos la encontramos en animada conversación

con un calvito que se retorció las manos mirándose los pies. Era asombroso, tenía la cara completamente arrugada y el cráneo completamente liso.

—¡Georges! ¡Llega usted en el momento justo! Le presento a mi amante. ¡Nadie lo diría, pero cuando quiere es un amante muy fogoso! —exclamó mamá acariciando el cráneo de su interlocutor, que empezó a reírse muy fuerte y a asentir con la cabeza.

A lo que papá, acercándose para estrecharle la mano, respondió:

—¡Gracias, querido amigo! Le propongo un trato: usted se ocupa de ella cuando grita y yo me encargo cuando sonrío. Sale usted ganando, porque se pasa mucho más tiempo gritando que sonriendo.

Mamá se echó a reír, papá y yo también, y el calvito se unió a nosotros riendo más fuerte que nadie.

—¡Venga, chalado, ya puede irse! Pero vuelva a pasar dentro de una hora, ¡nunca se sabe, igual me entran ganas de gritar! —le dijo mamá al calvito, que salía de la habitación partiéndose el pecho de risa.

Otra vez nos la encontramos con la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando a ambos lados del sillón y babeando un montón. Papá se arrojó de rodillas delante de ella llamando a gritos a la enfermera, pero un instante después, mamá se irguió en el asiento, riendo como una niña. Aquella vez su farsa sólo le hizo gracia a ella, papá se había quedado más blanco que la pared y yo me había echado a llorar como un bebé; aquello no nos había parecido nada divertido. Había pasado tanto miedo que me puse furioso. Le dije que gastar bromas así a los niños no estaba bien. Entonces ella empezó a picotearme para que la perdonara y papá me dijo que mi furia era sana e inteligente.

En poco tiempo, mi madre se hizo la dueña de la segunda planta. Lo mangoneaba todo con buen humor, daba órdenes, repartía premios, escuchaba las quejas y las pequeñas desgracias y daba consejos a todas horas. Tanto era así que un día papá le llevó la corona de cartón del roscón de Reyes, pero ella la rechazó.

—¡Soy la reina de los locos! —exclamó riendo—. ¡Mejor tráigame un colador o un embudo! ¡A cada cual su reino, a cada cual su poder!

Por su habitación desfilaba toda la corte, era un ritual. Había hombres enamorados que pasaban a llevarle dibujos, chocolatinas, poesías, ramilletes

de flores del parque —a veces con raíces incluidas— o simplemente a contemplarla mientras hablaba. La habitación de mamá se había convertido en un museo en miniatura y en una leonera gigante, había de todo. Algunos se ponían traje para visitarla. Era enternecedor, decía papá, que no estaba en absoluto celoso de los locos. Cuando entrábamos en la habitación, daba unas palmadas y todos los enamorados hacían mutis por el foro, unos con la cabeza gacha, otros pidiendo disculpas.

—¡Hasta luego, pichoncitos! —les decía mamá, que agitaba la mano como en las despedidas de tren.

También había mujeres, que no eran tantas y por lo general iban a tomar el té con ella y a oírle contar su vida de antes. Siempre estaban exclamando «¡ohhh!» y «¡ahhh!» con los ojos abiertos como platos, porque la vida de mamá bien lo merecía. Hasta las enfermeras tenían detalles especiales con ella; a diferencia de las otras pacientes, podía elegir lo que comía, apagar la luz cuando le apeteciera e incluso fumar en la habitación, aunque sólo con la puerta cerrada. Con todo eso, pensábamos que estaba mejor y nos olvidábamos de que había otra cosa que también iba a quedarse vacía.

La cabeza de mamá no era el único sitio donde no iba a quedar nada: nuestro piso debía seguir el mismo camino. Era un proceso casi igual de deprimente. Había que seleccionar siglos de recuerdos y luego ordenarlos dentro de cajas o bien arrojarlos al cubo de la basura. Eso era lo más duro, tirar cosas a la basura. Papá había encontrado otro piso de alquiler en la misma calle, pero, como era mucho más pequeño, de repente hubo que llenar un montón de cubos. El Crápula vino a ayudarnos, pero aquello no era lo suyo. A veces incluso sacaba cosas de las bolsas y nos sermoneaba:

—¡No podéis tirar esto, aún puede servirlos!

Y deshacía el trabajo que tanto nos había costado hacer. Era penoso, porque había que volver a meter las cosas en la bolsa y despedirse de ellas por segunda vez. No podíamos conservarlo todo, en el otro piso no había suficiente sitio, era matemático, decía papá, que sabía de lo que hablaba. Hasta yo había comprendido hacía mucho tiempo que no se podía meter toda el agua de la bañera en una botella de plástico. Era matemático, pero para el senador aquello no tenía la impronta del sentido común.

Desde el internamiento de mamá, papá se había mostrado muy animoso, siempre sonreía, pasaba mucho tiempo conmigo, jugando y hablando, seguía dándome clases de historia o de arte y me enseñaba español con un viejo magnetófono y casetes que ronroneaban al girar. Él me llamaba «sénior», y yo a él, «gringo», y también intentábamos torear a *Doña Superflua*, pero no había manera: con la toalla roja le sucedía como con el cronómetro, pasaba absolutamente de ella. La miraba, bajaba la cabeza encogiendo el cuello y al final salía corriendo en dirección contraria. *Superflua* era un mal toro, aunque no se le podía reprochar, no la habían criado para eso. Como era de esperar, después de las reformas del salón, papá y yo tuvimos que pintar todas las paredes, y como el piso acababa de venderse, mi padre me dijo que podía elegir el color que quisiera, que, como ya no íbamos a vivir allí, importaba un pito. Así que, con ayuda de *Doña Superflua*, elegí el color caca de oca. Nos reímos mucho pensando en la cara que pondrían los nuevos propietarios al descubrir su oscuro y deprimente salón.

Papá me llevaba al cine a menudo, así podía llorar en la oscuridad sin que yo lo viera. Lo que sí veía era que al acabar la película tenía los ojos rojos, aunque fingía no darme cuenta. Pero durante la mudanza se derrumbó dos veces y se puso a llorar en pleno día. Llorar en pleno día es algo totalmente distinto, otro nivel de tristeza. La primera vez fue por culpa de una foto, la única que a mamá se le había olvidado quemar. No era especialmente buena ni demasiado bonita, era una foto que el Crápula nos había hecho a los tres con *Superflua* en la terraza de España. Se veía a mamá subida a la balaustrada, riendo a carcajadas y con el pelo tapándole la cara, mientras papá señalaba al fotógrafo con el dedo, seguramente para decirle que no se hacía así, y yo me rascaba la mejilla con los ojos cerrados al lado de *Doña Superflua*, que se había dado la vuelta porque pasaba de las fotos. La imagen era borrosa, incluido el paisaje de detrás, que se veía fatal. Era una foto sin importancia, pero era la última, la única que no se había convertido en humo. Por eso papá se echó a llorar en pleno día, porque sólo nos quedaba una foto mala de los buenos tiempos. La segunda vez que lloró fue en el ascensor, después de entregar las llaves del piso a los nuevos propietarios. A la altura del cuarto llorábamos de risa, porque la cara de los susodichos cuando nos sorprendieron jugando a las damas en el suelo de la entrada, con un pájaro

enorme corriendo de aquí para allá y soltando unos chillidos demenciales, había sido para troncharse. El acabose fue cuando nos dieron las gracias con una mueca por el deprimente color caca del salón. Pero al llegar a la planta baja, la risa de papá, que ya en el segundo piso no era tan alegre, se transformó en largos y desconsolados hipidos. Se quedó un buen rato en el ascensor mientras yo lo esperaba en el portal, ante la puerta cerrada.

El nuevo piso tenía su encanto, pero era mucho menos divertido que el anterior. Sólo había dos habitaciones y, cuando nos cruzábamos en el diminuto pasillo, teníamos que pegarnos a la pared. Además, era tan corto que, cuando querías coger carrerilla, te dabas de narices con la puerta de entrada. Del aparador vegetal no quedaba más que la hiedra; como el mueble era demasiado grande para el nuevo salón, la hiedra estaba en el suelo y el mueble en el vertedero, así que los dos habían perdido su gracia. Para meter en el salón el enorme sofá azul acolchado, las dos butacas, la mesita con la arena y el baúl cubierto de pegatinas de ciudades, hubo que darles vueltas en todas direcciones, una partida de puzzle que duró días, hasta que comprendimos que no cabía todo y mandamos el baúl a coger polvo al sótano. La mesa grande tampoco cabía en el comedor, así que hubo que sustituirla por otra más pequeña que no daba para invitar a nadie. Había un sitio esperando a mamá, otro para papá, otro para mí y otro para el Crápula, porque, pese a todos sus esfuerzos, seguía sin poder sostener el plato y los cubiertos sobre la barriga, no se le aguantaban. Bueno, sí que se le aguantaban, lo probaba en todas las comidas, pero siempre acababan resbalando. En mi habitación no tenía más que la cama mediana, porque con la grande no me habría quedado ni un centímetro libre para meter mis juguetes. Aún podíamos lanzarle dardos a Claude François, pero la distancia era demasiado corta y siempre le acertábamos en la cara. En aquel piso, hasta Claude François era menos divertido. Las grandes macetas de la cocina habían cedido el sitio a un tiestecillo de nada con menta para los cócteles del Crápula y de papá. El cuarto de baño era una miniatura ridícula. El Crápula no podía darse la vuelta ni casi respirar, entraba caminando como los cangrejos y salía sudando, rojo como un bogavante. Cada vez que tiraba algo al suelo, se lo oía echar pestes y luego ponerse a aullar, porque al intentar recogerlo tiraba otras cosas. Para él, darse una ducha era peor que el servicio militar. En cuanto al pobre jinete

prusiano, estaba en el suelo, sin la menor consideración a su rango. Había ganado muchas batallas, llevaba la guerrera cubierta de condecoraciones y acababa tirado por ahí como un trapo, sin más vistas que un tendedero plegable lleno de calcetines y calzoncillos; me parecía una cosa muy triste. De todas formas, en aquel piso las vistas eran tristes para todo el mundo, pues daba a un sombrío patio interior y veíamos a los vecinos pasearse por su casa. Bueno, más bien eran ellos los que nos miraban raro cuando el Crápula y yo jugábamos a atacarnos con baba, o cuando le poníamos platos en la barriga, o cuando *Superflua* hacía sus ejercicios de voz de buena mañana y despertaba a todo el edificio. Con dos chillidos y en un santiamén, conseguía que se encendieran las luces de todos los pisos al mismo tiempo. *Superflua* también tenía nostalgia, golpeaba las paredes con el pico como si quisiera echarlas abajo, hacía agujeros por todas partes y se aburría tanto que se quedaba dormida de pie en pleno día. No estábamos nada contentos con los cambios, ni con el de la cabeza de mamá ni con el de los muebles del piso.

Por suerte, ella misma tomó cartas en el asunto. Un viernes por la tarde, al llegar a la clínica, nos encontramos todos los pasillos vacíos. Todas las puertas estaban abiertas, pero en las habitaciones no había nadie. Ni un solo decapitado mental a la vista. Hasta Burbuja había cambiado de aires. Mientras vagábamos por la clínica, acabamos oyendo ruido, música y gritos procedentes del comedor. Al abrir la puerta vimos lo nunca visto. Todos los decapitados mentales bailaban unas lentas con la ropa de los domingos, unos agarrados, otros sueltos y gritando a voz en cuello, incluso había uno que se restregaba contra una columna riendo con toda normalidad, como un auténtico loco. *Mr. Bojangles* giraba una y otra vez en el tocadiscos, algo que nunca había hecho para gente tan chiflada, aunque en casa hubiera visto locuras de sobra. Pero aquello era otro nivel. Sven tocaba un piano imaginario sentado a una mesa sobre la que mamá cantaba, bailaba flamenco y tocaba palmas. Lo hacían tan bien que parecía que *Bojangles* saliera de la boca de mamá y que las notas del piano brotaran de las teclas de Sven. Incluso Burbuja, sentada en una silla de ruedas, asentía con una expresión que no le había visto hasta entonces. El único que estaba nervioso era Yogur, porque le habían estropeado las elecciones. Incordiaba a todo el mundo y les decía a los bailarines que había que ir a votar, porque si no a la semana siguiente no tendrían quien los

governara. Llegó incluso a tirarle de la falda a mamá para que bajara de la mesa, a lo que ella respondió apoderándose del azucarero que tenía a los pies y vaciándose sobre la cabeza mientras llamaba a los demás majaras para que la ayudaran a endulzar el yogur. Todos los decapitados acudieron a espolvorearlo con azúcar y empezaron a bailar a su alrededor como guerreros siux.

—¡A endulzar el Yogur! —cantaban a coro—. ¡A endulzar el Yogur!

Y él se quedó allí plantado, dejándose endulzar, como si no le quedara energía en su cuerpo de presidente. Burbuja contemplaba la escena sonriendo con ganas, porque también ella estaba hasta el gorro de la monserga presidencial. Cuando mamá nos vio, saltó al suelo y vino hacia nosotros girando sobre sí misma como una peonza.

—¡Esta noche celebro el fin del tratamiento! —nos anunció—. ¡Esto se acabó, cariños míos!

Hace exactamente cuatro años, secuestraron a mamá. Fue una auténtica conmoción para toda la clínica. El personal sanitario no entendía qué había podido pasar. Estaban acostumbrados a las fugas, pero nunca habían tenido un secuestro. A pesar de las señales de lucha en la habitación, la ventana rota desde el exterior y las manchas de sangre de las sábanas, no habían visto ni oído nada. Estaban muy consternados, lo que nos resultaba fácil de creer. Los idos y los decapitados mentales estaban completamente trastornados, incluso más de lo habitual, quiero decir. Algunos reaccionaron de formas sorprendentes. El calvito de la cara arrugada estaba seguro de que había sido culpa suya y se pasaba el día llorando y rascándose la cabeza con todas sus fuerzas, daba pena verlo. Había ido varias veces a Dirección a denunciarse, pero saltaba a la vista que aquel pobre infeliz era incapaz de secuestrar a nadie. Otro estaba furioso porque mamá se había marchado sin llevarse sus regalos; la insultaba a voces y aporreaba las paredes, lo que al principio tenía un pase, pero al cabo de un rato acababa resultando enervante. Tenía narices que para mostrar su pena tuviera que insultar a mi madre. Incluso había roto todos los dibujos de monumentos que le había regalado, cosa que para nosotros fue un alivio: menudo tinglado había ya montado en casa como para encima tener que llevárnoslos. En cuanto a Yogur, estaba convencido de que habían sido los servicios estatales los que lo habían vengado por el asunto del azúcar. No paraba de ir a ver a unos y a otros para decirles que no volvieran a tratarlo así nunca más, que el próximo desacato tendría las mismas consecuencias: los rebeldes serían secuestrados y torturados. Sacaba pecho y caminaba muy tieso, como quien ya no tiene nada que temer. Para tomarse la revancha aprovechando el desconcierto, había hecho campaña entre el personal sanitario, pero a nadie le había apetecido el queso fresco. Por su parte, Sven se golpeaba el pecho muerto de risa, señalándonos con el dedo, y luego se iba a hacer el avión con los brazos abiertos y a cantar canciones en sueco, italiano o alemán, no estaba muy claro, pero el caso es que parecía la

mar de contento. Al cabo de un rato volvía, aplaudía, alzaba de nuevo los brazos al cielo y se iba otra vez cantando. Antes de que nos marcháramos, vino a darnos un beso, arañarnos la cara con el diente y ponernos perdidos de baba mientras cuchicheaba oraciones. Sven era el decapitado mental más cariñoso con diferencia.

La policía tampoco entendía nada. Vinieron a comprobar los hechos y examinar la habitación. Sí, habían roto la ventana desde fuera; sí, la sangre era de mamá; sí, la silla volcada y el jarrón roto demostraban que se había producido una lucha encarnizada, pero no encontraron huellas de pisadas en el césped, bajo la ventana. La investigación en el vecindario no dio fruto y el personal no había visto a nadie extraño merodeando por el edificio. Los agentes decidieron que podían fiarse de su palabra, porque a fin de cuentas su profesión consistía en comprender a la gente extraña. A papá y a mí nos interrogaron una primera vez para preguntarnos si mamá tenía enemigos, y respondimos que, aparte de un inspector de Hacienda, todo el mundo la quería. Pero abandonaron enseguida la pista de Hacienda. Nos interrogaron una segunda vez, pero tampoco sirvió de nada. Por la sencilla razón de que a mamá la habíamos secuestrado nosotros y había sido ella quien lo había organizado todo. Y no estábamos tan locos como para delatarnos.

Después de la fiesta del comedor, al volver a su cuarto, mamá nos había dicho que no quería seguir viviendo en la clínica, que según los médicos nunca se curaría por completo y que no iba a seguir atiborrándose de pastillas eternamente, sobre todo si no servían para nada.

—Sea como sea, siempre he estado algo loca, que lo esté un poco más o un poco menos no va a cambiar el amor que sienten por mí, ¿verdad?

Papá y yo nos miramos pensando que su observación tenía la impronta del sentido común. Además, estábamos hartos de ir a la clínica todos los días, de esperar un regreso que no llegaba, con su sitio a la mesa siempre vacío y los bailes a trío en el salón aplazados sin fecha fija. Por un montón de razones, las cosas no podían seguir como estaban. Entre las paredes descascarilladas de la clínica, la canción del señor Bojangles no sonaba igual ni daba los mismos escalofríos que en casa, y *Doña Superflua* se preguntaba a menudo, plantada delante del sofá, por qué mamá ya no estaba allí para acariciarle la cabeza mientras leía. Por último, yo me sentía un tanto celoso de los locos y del

personal sanitario, que disfrutaban de mamá todo el día, a diferencia de nosotros. Vaya, que estaba hasta el gorro de compartirla con otros. Era un crimen esperar de brazos cruzados a que los medicamentos acabaran de vaciarle el cerebro, pensé yo en el momento en que papá empezó a hablar, preocupado y excitado a la vez.

—¡Estoy totalmente de acuerdo con usted, mi querida Nécessité! No podemos dejar que siga pervirtiendo esta clínica, ¡está en juego la salud mental de los demás pacientes! Con el ritmo y la alegría que les da, a este paso acabarán mejorando en poco tiempo, y entonces tendré auténticas dificultades para competir con todos sus pretendientes. El problema es que no veo cómo vamos a ser capaces de convencer a los médicos para que la dejen salir, ni siquiera para que suspendan su tratamiento. ¡Habrà que inventar una mentira muy gorda, una trola genial! ¡Si llega a funcionar, será una verdadera obra maestra! —exclamó mirando el agujero de su pipa con un ojo cerrado, como si hubiera una respuesta dentro.

—Pero, Georges, amor mío, cariño mío, ¡nadie ha dicho nada de pedir permiso! Ni para salir de aquí ni para suspender el tratamiento. Además, el mejor tratamiento es estar con ustedes, no rodeada de locos. Si no me voy de aquí, algún día saltaré por la ventana o me tomaré todas las pastillas a la vez, como el pobre diablo que ocupaba mi habitación antes que yo. Pero tranquilícense, eso no pasará, porque lo tengo todo pensado... ¡Simplemente, me sacarán de aquí! ¡Ya verán, vamos a divertirnos como locos! —aseguró mamá aplaudiendo con alegría, como en otros tiempos.

—¿Sacarla de aquí? Querrá decir secuestrarla, ¿no? —preguntó papá entre toses y apartando el humo de la pipa con la mano para ver mejor los ojos de mamá.

—¡Sí, eso es, un secuestro familiar! ¡Hace días que lo preparo, tendrá usted su obra maestra, una mentira planificada hasta el último detalle! Tengo lista toda la operación, ya lo verá, ¡no he dejado nada al azar! —aseguró ella, que había empezado a hablar en voz baja, con aires de conspiradora y los ojos brillantes de astucia.

—¡Sí, estas cosas las hace usted siempre a lo grande! ¡Seguro que es una obra maestra! —susurró papá, que de mentiras sabía un rato. Se le relajó la cara, como si se sintiera aliviado, como si acabara de decidir que había que dejarse llevar por aquella chifladura—. ¡Explíquenos su plan! —añadió con la llama de la cerilla sobre la pipa y una mirada decidida en los ojos

chispeantes.

Mamá realmente había preparado su secuestro hasta el último detalle. Durante sus últimos análisis, había robado un vial con su sangre. Tras noches de observación, había anotado que, todos los días a las doce, el vigilante de la entrada abandonaba su pecera durante treinta y cinco minutos para hacer la ronda nocturna y fumarse un pitillo en la lavandería. Ése era el momento en que había que llegar y entrar con toda naturalidad por la puerta principal. Pero como mamá quería que aquello se pareciera verdaderamente a un secuestro de novela, había que hacer creer que se la habían llevado por la ventana. A papá y a mí nos pareció una idea muy sensata. Irse por la puerta era demasiado vulgar para un secuestro y, pese a la medicación, mamá odiaba la vulgaridad tanto como antes. De haber querido, habría podido irse ella sola por la puerta de entrada durante la pausa del vigilante, pero entonces no habría sido un secuestro y todo su plan se habría ido al garete. A las doce menos cinco, tenía previsto salpicar las sábanas de sangre, tumbar la silla en el suelo en silencio, romper un jarrón amortiguando el golpe con una almohada y abrir la ventana para hacer añicos el cristal desde fuera usando un trapo para atenuar el ruido y hacer creer así que alguien había entrado por la fuerza. Nosotros debíamos llegar a las doce y cinco con la cabeza cubierta con una media e ir a su habitación a secuestrarla con su consentimiento para, acto seguido, volver a marcharnos tranquilamente y de puntillas por la puerta de entrada.

—¡Eso es lo que yo llamo un plan bien concebido, amada mía! ¿Y cuándo tiene pensado que la secuestremos? —preguntó papá con la mirada perdida, sin duda tratando de imaginarse el desarrollo de las operaciones.

—¡Esta noche, cariños míos! ¿Por qué esperar si está todo listo? ¿Creen que he organizado esa fiesta porque sí? ¡Era mi fiesta de despedida!

De vuelta en casa, papá y yo repasamos todo el plan varias veces con una sensación extraña en el estómago. Teníamos miedo, pero no podíamos evitar reírnos sin ton ni son. Con la media en la cabeza, mi padre estaba muy raro, se le quedaba la nariz doblada hacia un lado y los labios más torcidos que nunca, y yo tenía la cara aplastada como un bebé gorila. *Doña Superflua* nos miraba volviendo la cabeza hacia el uno y luego hacia el otro, tratando de comprender lo que pasaba, y luego volvía a intentarlo inclinando el cuello hacia el suelo para mirarnos desde abajo, pero era evidente que no se aclaraba. Antes de

irnos, papá me ofreció un cigarrillo y un gin-tonic diciendo que eso era lo que hacían los gánsters antes de un secuestro. Así que él se fumó una pipa, y yo, el cigarrillo mientras nos tomábamos los cócteles sentados en el sofá sin decir nada ni mirarnos para no perder la concentración.

Cuando subimos al coche, yo estaba totalmente grogui, tenía la boca seca, sabor a vómito en la garganta y me picaban los ojos, pero me sentía mucho más fuerte y entendía mejor que papá bebiera gin-tonics para hacer deporte. Al llegar a los alrededores de la clínica, aparcamos lejos de las farolas, apagamos el motor, nos miramos sonriendo y nos cubrimos la cabeza con la media. Incluso debajo de ésta, a mi padre le brillaban los ojos. En el momento en que empujaba la puerta de la clínica, la media se le rompió a la altura de la nariz, así que intentó darle la vuelta, pero entonces fue una oreja lo que abrió otro desgarrón en el tejido. Siguió haciéndola girar mientras reía por lo bajo con nerviosismo, pero la media no paraba de rasgarse, hasta que, como ya casi no se sostenía, tuvo que sujetársela al codo con una mano. Pasamos ante la pecera del vigilante dando silenciosos saltitos y después echamos a correr de puntillas por el pasillo hasta la primera esquina. Antes de continuar, nos quedamos pegados a la pared unos segundos; luego papá asomó la cabeza para comprobar que no hubiese moros en la costa. Hacía movimientos bruscos con el torso y volvía la cabeza en todas direcciones; era tan divertido que, con el gin-tonic, me costaba mantener la concentración. En algunas paredes veíamos avanzar nuestras sombras, deformadas y temblorosas, y daba un poco de miedo. Cuando estábamos llegando a la puerta de la escalera, vimos el círculo luminoso de una linterna moviéndose en todas direcciones en la pared de enfrente y oímos ruidos de pasos que se acercaban. Como yo estaba paralizado, clavado al suelo, mi padre me agarró del cuello y me hizo volar hasta un recodo del pasillo. Ocultos en la penumbra, vimos pasar al vigilante justo por delante de nosotros sin advertir nuestra presencia. En aquellos momentos, lo que yo tenía en la garganta ya no era el sabor a vómito, sino el propio vómito. Me aguanté para no hacer ruido, pero sobre todo porque sabía muy bien que todo lo que soltara quedaría atrapado en la media. Esperamos a que los pasos se alejaran y corrimos como posesos hasta la escalera, que, entre el canguelo y el gin-tonic, subí con la sensación de que volaba, incluso adelanté a papá en el primer piso. Cuando llegamos al segundo, no tuvimos

más que abrir la puerta de enfrente para encontrar a mamá, que nos esperaba tan tranquila en la cama revuelta, con la habitación patas arriba. También ella se había puesto una media en la cabeza, lo que hacía que, con su voluminosa melena, pareciera una coliflor cubierta de telarañas.

—¡Ah, aquí están mis raptores! —susurró saltando de la cama.

Pero al ver a papá con la media hecha trizas sobre la cabeza, lo bombardeó a cuchicheos:

—Pero ¡por amor de Dios, Georges! ¿Qué le ha pasado a su media? ¡Parece usted un leproso! ¡Si alguien lo ve así, se irá todo al garete!

—Me ha traicionado la nariz, cariño. Pero, en vez de refunfuñar tanto, venga a besar a su salvador —respondió papá cogiéndola de la mano y atrayéndola hacia él.

Yo tenía hipo, no veía muy bien porque de las cejas habían empezado a caerme grandes gotas de sudor que se me metían en los ojos, y la media hacía que me picara la cara.

—Georges, ¡nuestro hijo está completamente borracho! —constató mamá, un poco perpleja al ver cómo me tambaleaba.

Luego me abrazó y empezó a picotearme exclamando:

—¡Qué granujilla! ¡Mira que emborracharse para venir a secuestrar a su madre! ¿A que es un encanto?

—Ha sido ejemplar, un verdadero Arsène Lupin, al menos al venir, porque de vuelta me parece que habrá que llevarlo de la mano... Diría que el gin-tonic le ha jugado una mala pasada.

—¡Larguémonos de una vez, la libertad nos espera dos pisos más abajo! —susurró mamá agarrándome de una mano y abriendo la puerta con la otra.

Pero en el pasillo nos dimos de narices con Sven, que empezó a santiguarse a toda velocidad. Entonces papá se llevó un dedo a los labios y Sven lo imitó y asintió con la cabeza, muy excitado. Mamá le estampó un beso en la frente y él se quedó mirándonos mientras nos alejábamos, con el índice pegado al diente. Bajamos la escalera a toda pastilla; al llegar a la esquina del pasillo, volvimos a arrimarnos a la pared y papá empezó otra vez a volver el torso y la cabeza en todas direcciones.

—¡Deje de hacer el ganso, Georges! —le susurró mamá—. Tengo ganas de hacer pipí y, si me hace reír, acabaré orinándome encima.

Así que papá hizo un último gran gesto con el brazo para indicarnos que el camino estaba expedito. En el pasillo, mis padres me cogieron cada uno de un

brazo e hice el resto del trayecto hasta el coche casi en volandas.

Camino de casa, el ambiente en el coche era demencial. Papá cantaba y tocaba el tam-tam sobre el volante, mamá aplaudía y reía y yo los miraba masajeándome las sienes, que me latían con violencia. Cuando estuvimos lejos de la clínica, papá empezó a zigzaguear por la calzada y a dar vueltas alrededor de las rotondas tocando el claxon mientras yo me tambaleaba en el asiento de atrás como un saco de patatas. Aquello era un despiporre total. Al llegar a casa, papá sacó champán del frigorífico y lo abrió agitando la botella con fuerza para ponerlo todo perdido. Mamá encontró el piso casi tan deprimente como la clínica, aunque más encantador, y, acariciándole la cabeza a *Superflua*, que hinchaba el cuello, nos explicó el resto de su plan al tiempo que se bebía las copas de un trago para aclararse la voz.

—Hasta que esto se calme, me mudaré a un hotel. Sería una gran estupidez que vieran a la secuestrada saliendo de su casa tan campante. Mientras tanto, ustedes invéntense unas buenas mentiras para la policía, para la clínica, vaya, para todos los que les hagan preguntas —explicó muy seria, con la copa fervorosamente tendida hacia la solicitada botella.

—Para las mentiras puede confiar en nosotros, ¡tiene delante a dos expertos! Pero cuando acabe la investigación, ¿qué pasará? —preguntó papá vaciando el final de la botella en la copa de mamá.

—Pues qué va a pasar, ¡que la aventura continúa, mi querido amigo! El secuestro no ha terminado. Dentro de unos días, la investigación no habrá dado fruto, en fin, eso espero, e iremos a escondernos a nuestra casa de España. Alquilarán ustedes un coche, porque, dadas las circunstancias, es imposible coger el avión, viajaremos por carreteras secundarias hasta la frontera y luego nos lanzaremos a tumba abierta hacia nuestra guarida de las montañas, donde, sencillamente, reanudaremos nuestra vida de antes —dijo mamá, al tiempo que intentaba levantarse para brindar con nosotros.

—¡Desde luego, ha pensado en todo! ¡No entiendo qué hacía con los locos, la verdad! —exclamó papá tirando de ella para abrazarla.

Catapultado hacia el sueño por el champán y las emociones del secuestro, me quedé dormido en el sofá viéndolos bailar la lenta de los sentimientos.

Durante la búsqueda de mamá y sus secuestradores, entre las declaraciones a

la policía y las visitas a la clínica para recoger sus cosas y poner cara de pena, íbamos a verla a un hotelucho frecuentado por unas putas que chillaban y se reían mucho, a veces todo al mismo tiempo. Mamá había alquilado la habitación con un nombre falso.

—Liberty Bojangles... —dijo papá con una sonrisa burlona en las comisuras de los labios—. Para alguien a quien buscan por todas partes, no es un nombre muy discreto que digamos...

—¡Todo lo contrario, Georges, no tiene usted ni idea! No hay nada más discreto que un nombre estadounidense en un hotel de putas. ¿Es que antes de conocerme no había estado con ninguna? —replicó ella contoneándose con una mano en la cadera y el índice de la otra entre los dientes.

—¡Liberty, a usted no se la acaba de conocer nunca! —respondió él sacándose unos billetes del bolsillo.

Me entregó uno de tres cifras para que fuera a dar una vuelta y le preguntó a mamá:

—¿Cuánto es?

La mañana de nuestra partida, mientras mamá y yo esperábamos a papá y el coche de alquiler hablando con las putas sobre sus clientes y el tiempo, vimos aparecer un enorme y reluciente automóvil antiguo, con una estatuilla de plata que representaba a una diosa con las alas al viento en la punta del capó. Papá bajó vestido con un traje gris y tocado con una gorra.

—Si miss Bojangles tiene la amabilidad de subir... —declamó con un penoso acento británico al tiempo que abría la puerta de atrás y se inclinaba con mucho estilo.

—Pero, Georges, ¿se ha vuelto loco? ¡Esto no es nada discreto! —exclamó mi madre bajándose las grandes gafas de estrella de cine antes de colocarse bien el fular de fugitiva.

—¡Al contrario, miss Liberty, no tiene usted ni idea! ¡Las fugas son como las mentiras: cuanto más exageradas, mejor! —replicó papá llevándose la mano a la gorra y dando un taconazo.

—¡Lo que usted diga, Georges, lo que usted diga! Pero ¡me habría gustado tanto pasar la frontera escondida en el maletero...! No importa, puede que tenga razón, así también será divertido —admitió mamá, que respondió con un gesto de la mano a los silbidos y los aplausos de las putas que rodeaban la

limusina admiradas.

En el coche, papá me lanzó un traje de marinerito con un ridículo gorro con borla. Al principio me negué a ponérmelo, pero me dijo que así era como vestían los niños estadounidenses ricos, que él también iba disfrazado y que, si no les seguía el juego, nos descubrirían a las primeras de cambio. De modo que me puse el traje y mis padres empezaron a cachondearse, papá mirándome por el retrovisor y mamá pellizcándome la borla.

—¡Qué vida tan extraordinaria la suya! —exclamó mi madre extasiada—. Ayer era usted un gángster y ahora es un oficial de la Marina. No ponga esa cara, hijo mío, y piense en sus antiguos compañeros de clase. Le aseguro que preferirían estar en su lugar, sentados en una limusina conducida por un chófer y en compañía de una estrella de Hollywood.

Tomamos la autopista en dirección al sur, porque papá dijo que, con una tapadera como la nuestra, no hacía falta que cogiéramos carreteras secundarias. De repente, todos los camiones y todos los coches tocaban el claxon al adelantarnos, la gente nos hacía señas por las ventanillas y los niños se apretujaban en los asientos de atrás para mirarnos. Incluso pasaron a nuestro lado tres coches de policía cuyos ocupantes nos saludaron alzando los pulgares. Realmente, papá era el as de las fugas, me dije. Tenía razón: cuanto más exageradas, mejor. Mamá fumaba, bebía champán y saludaba a los conductores que nos adelantaban.

—¡Qué carrera, señores, qué público! —decía—. ¡Me habría gustado hacer esto toda mi vida! ¡Soy la anónima más famosa del mundo! ¡Georges, acelere, por favor, la gente que va delante de nosotros no ha tenido la oportunidad de saludarme!

Después de siete horas de esperpéntica fuga, nos detuvimos en un hotel para pasar la noche. Papá había reservado una suite en un palacete con vistas al mar en la costa atlántica.

—Es usted de ideas fijas. Al menos espero que haya reservado dos habitaciones, una para mi hijo y para mí y otra para usted, mi encantador chófer —comentó mamá, feliz de que le abrieran la puerta como a una celebridad.

—Por supuesto, miss Bojangles, semejante estrella no puede compartir alojamiento con el servicio —confirmó papá, y se inclinó hacia el maletero para sacar el equipaje.

Cuando entramos en el vestíbulo, todos los clientes nos miraron fingiendo no hacerlo mientras yo comprobaba, humillado, que el personal no debía de haber visto niños estadounidenses ricos desde hacía mucho tiempo.

—Una suite para miss Bojangles y su hijo y una habitación para su chófer —pidió papá, que había tenido el sentido común de renunciar a su horroroso acento.

Al llegar al ascensor, la puerta se abrió y dentro vimos una pareja de estadounidenses auténticos.

—Bueno, Georges, ya lo ve usted —le dije a nuestro chófer para vengarme del traje de marinero—: el ascensor está lleno; haga el favor de subir el equipaje por la escalera para no molestar.

Y la puerta volvió a cerrarse ante la estupefacta cara de papá. Los estadounidenses se habían quedado impresionados ante mi autoridad y mamá dijo:

—Tiene razón, *darling*, hoy en día los criados creen que todo está permitido. Dios, con gran sentido del protocolo, hizo las escaleras para el servicio y el ascensor para nosotros; hay que procurar que no se confundan las cosas.

Naturalmente, los estadounidenses no entendieron nada, pero al menos asintieron con cara de interés. Esperamos a papá riéndonos como locos ante la puerta de nuestra suite. Él llegó chorreando sudor, con la lengua fuera y la gorra torcida.

—¡Ésta me la pagas, granuja! —me gruñó sonriendo—. Tres pisos con este baúl... Voy a hacerte llevar el traje de marinero todo el año.

Pero yo sabía que no iba a cumplir su amenaza, porque no era nada rencoroso.

Aquella noche, en el restaurante del palacete, comenté que aquel hotel, muy cómodo, eso sí, no era tan divertido como el anterior, que con las putas todo resultaba mucho más animado e informal. Entonces papá señaló que allí también había putas, pero que se comportaban de manera más sensata y discreta para mimetizarse con el entorno. Me pasé la mitad de la cena

intentando desenmascarar a alguna puta escondida, pero no hubo manera. Al contrario que nosotros, se les daba muy bien no llamar la atención. Para celebrar nuestro reencuentro, mis padres pidieron de todo, la mesa estaba llena a rebosar de platos con bogavante flambeado, marisco y broquetas de vieiras, de botellas de vino blanco helado, rosado escarchado, tinto del tiempo y champán del mejor. Nadie en la sala había visto un banquete igual. Los camareros revoloteaban como abejas a nuestro alrededor e incluso hicieron acercarse a unos músicos rusos a nuestra mesa. Mamá se subió a una silla para tutear a las estrellas y bailar sacudiendo la melena al vertiginoso ritmo de los violines y las copas de vodka, mientras papá, muy tieso, aplaudía con flema, como un buen chófer inglés. Y yo, con la barriga cada vez más llena, no sabía dónde clavar el tenedor ni cómo hacer que la cabeza dejara de darme vueltas. Al final de la cena veía estrellas y putas por todas partes, estaba ebrio de felicidad, aunque nuestro chófer me había dicho que lo que yo estaba era más trompa que un marinero estadounidense. Para ser fugitivos, habíamos armado un buen lío.

En el pasillo, para hacerme bailar un vals, mamá lanzó los zapatos de tacón contra el techo con las puntas de los pies y me birló la gorra con borla. Su fular de seda me acariciaba la cara, sus manos eran suaves y tibias, sólo oía su respiración y a mi padre, que nos seguía, marcando el ritmo con palmadas y sonriendo tontamente. Mamá nunca había estado tan guapa y yo habría dado lo que fuera para que aquel baile no se interrumpiese, para que no se acabara nunca. En la suite, cuando ya me había hundido entre las sábanas, sentí unos brazos que me rodeaban y adiviné que alguien aprovechaba mi etílica modorra para cambiarme de sitio. Por la mañana me desperté solo en la habitación de papá y encontré a mis padres en la suite, medio dormidos delante del desayuno. Estaba claro que, por la noche, los criados y sus señores podían permitírsele todo, confundirlo todo, saltarse el protocolo a la torera.

Tras dejar el hotel, donde papá había tosido mucho al ver a mamá pagar la cuenta, cogimos una carretera recta, interminable, flanqueada de pinos y azotada por la lluvia. Después de la fiesta de la víspera, a mamá le habría gustado poder renunciar a su fama de estrella de Hollywood, porque cada vez que adelantábamos un coche se agarraba la cabeza y gemía:

—¡Georges, hágales callar, por favor, cada toque de claxon es como si me pegaran un martillazo en la cabeza! ¡Dígales que no soy nada ni nadie!

Pero papá no podía hacer otra cosa que acelerar para alejarnos de los vehículos que llevábamos detrás, con lo que, lógicamente, se acercaba con rapidez a los de delante; era un problema sin solución que ponía a mamá de los nervios, al borde de uno de sus ataques. Yo miraba desfilas los pinos, concentrándome en no pensar en nada, pero no era fácil. Mientras avanzábamos, íbamos al encuentro de nuestra vida anterior y, a la vez, la dejábamos atrás, lo que no acababa de cuadrar. Cuando salimos de los pinares y empezamos a subir la montaña, volví a intentar concentrarme para no vomitar, pero aquella vez no lo conseguí y, al verme, mamá también vomitó, así que lo pusimos todo perdido. Al llegar al puesto fronterizo, estábamos los dos pálidos y tiritando en la parte de atrás, y papá, tan gris como su uniforme, sentado al volante. Llevábamos las ventanas subidas del todo para no llamar la atención, pero olía a arenque seco, aunque nunca lo habíamos probado. Por suerte, no encontramos ni policías ni guardabarreras ni nadie que nos controlara. Papá dijo que nos habían dejado en paz gracias a los acuerdos de no sé quién y al mercado común, pero yo no entendí qué tenía que ver aquello con un mercado, por muy común que fuera. A veces costaba entenderlo, hasta cuando hacía de chófer.

Dejamos nuestros últimos temores en el puesto fronterizo y las nubes agarradas a la cima de las montañas francesas. España nos esperaba con un sol radiante mientras descendíamos de nuevo hacia el mar, circulando a poca velocidad y con las ventanas bajadas al máximo para dejar salir el olor a miedo y a arenque seco y para achicar las vomitonas con un cenicero y los guantes de mamá.

Para disimular la peste a vómito de mi marinero y mi estrella de cine, hicimos un alto en la Costa Brava para recoger romero y tomillo del borde de un camino. Sentado bajo un olivo, viéndolos reír y parlotear mientras ofrecían sus blancas caras al sol, me dije que nunca me arrepentiría de haber cometido aquella locura. Un espectáculo tan hermoso no podía ser el resultado de un error, de una mala elección; una luz tan perfecta no dejaba espacio para el remordimiento. Jamás.

Eso fue lo que escribió mi padre en sus cuadernos privados, que descubrí

más tarde, después.

8

Histeria, trastorno bipolar, esquizofrenia... Los médicos no le habían ahorrado ninguno de los doctos sinónimos con los que designaban la chaladura. Luego la habían recluido en un edificio deprimente, la habían sometido químicamente con toneladas de medicamentos y la habían esposado a su desequilibrio con unas cuantas recetas selladas con el caduceo. La habían apartado de nuestro lado para ponerla junto a los locos. Lo que yo tanto temía, lo que en realidad nunca había querido creer, había llegado, nos había caído encima, envuelto en las llamas y el humo negro que ella misma había propagado voluntariamente por nuestro piso para quemar su desesperación. Aquella cuenta atrás que, a lo largo de los días felices, yo había olvidado vigilar, había empezado a sonar como un siniestro y desquiciado despertador, como una alarma que hace sangrar los tímpanos con su estridencia incesante, un ruido brutal que nos dice que la fiesta se ha acabado de golpe y que ahora hay que huir.

Sin embargo, cuando nació nuestro hijo, con sus gritos de dolor durante el parto, Constance parecía haber ahuyentado ciertos aspectos de su tormentoso y desinhibido comportamiento. La vi susurrar promesas al oído de nuestro bebé, con el pañal recién puesto, promesas de bienvenida bastante naturales en los labios de una madre, y aquella insignificancia me pareció reconfortante y hermosa, aquella normalidad me tranquilizó. Mientras nuestro hijo fue un bebé, su extravagancia pareció contenerse, no había desaparecido por completo, mi esposa seguía siendo capaz de razonamientos y actos disparatados, pero sin estridencias, sin consecuencias graves. Luego, el bebé se convirtió en un niño que balbucía y gateaba, para transformar muy rápidamente sus tentativas en las palabras y los pasos de un pequeño ser que aprende y repite. Ella lo enseñó a tratar de usted a todo el mundo, porque consideraba el tuteo el medio más seguro de ponerse a merced de la gente; le explicó que el «usted» era la primera

barrera de seguridad en la vida, además de una muestra de respeto que se le debía a la humanidad entera. De modo que nuestro hijo llamaba de usted a todos y a todo, a los tenderos, a nuestros amigos, a los invitados, a nuestra grulla damisela, al sol, las nubes, a los objetos y los cuatro elementos. También le enseñó a hacer reverencias a las señoras y llenarlas de cumplidos. En cuanto a las niñas de su edad, le sugirió que les presentara sus respetos con un besamanos, lo que convirtió nuestros paseos por las calles y los parques de la ciudad en algo encantador y anacrónico. Había que verlo soltar el cubo y la pala y echar a correr para apoderarse de las manos de las pequeñas, atónitas al ver que se las cubría de besos. Había que ver a los clientes de los grandes almacenes seguirlo con una mirada bovina, olvidándose totalmente de su lista de la compra, y observarlo inclinarse con respeto para hacer su reverencia. Algunas madres que contemplaban aquello y, al volver la cabeza, se daban de narices con su retoño, sentado en el cochecito con la boca abierta y cubierto de migas de galleta, parecían preguntarse qué ocurría realmente: si su hijo no llegaba o si el nuestro se pasaba.

Nuestro hijo sentía una admiración sin límites por su madre, y eso a ella la enorgullecía tanto que a veces hacía lo que fuera para deslumbrarlo. Todo eso que dicen los niños para presumir ante los demás en el recreo, los desafíos que se lanzan o lo que hacen para que se fijen en ellos, él lo hacía con su madre. Rivalizaban en audacia y originalidad para hacer reír al otro y ganarse su admiración, transformando nuestro salón en un solar en obras, en un gimnasio, en un taller de artes plásticas; saltaban, brincaban, pintaban, chillaban, lo manchaban todo y convertían sus días en un compendio de todas las locuras habidas y por haber. Él se plantaba delante de su madre con los brazos en jarras, en plan bravucón, y le soltaba:

—No sé si va a llegar, mamá... Y es muy peligroso, ¿sabe? Más vale que se rinda ya. Me parece que he ganado...

—¡Que se ha creído usted eso! ¡Jamás me rendiré! —replicaba ella saltando por enésima vez sobre el sofá para pasar por encima de la mesa del comedor y aterrizar en una de las butacas entre los aplausos y los bravos de su hijo.

Él sentía asimismo una pasión conmovedora por Doña Superflua, a la que

durante un tiempo no soltó del ala. La seguía a todas partes, caminando como ella, imitando los movimientos de su cuello, tratando de dormir de pie y seguir su régimen de comidas. Una noche nos los encontramos en la cocina compartiendo una lata de sardinas con los pies y las patas llenos de aceite. También intentaba que Superflua participara en sus juegos.

—¡Papá, no entiende nada, pero absolutamente nada de las reglas! ¡Enséñeme a hablar como ella, así podré explicarle cómo se juega! —me dijo un día mientras Superflua pisoteaba el tablero de un juego de mesa.

—Háblale con las manos, los ojos y el corazón, es lo mejor que hay para comunicarse —respondí yo sin imaginar que se pasaría semanas enteras con una mano sobre el corazón y la otra sobre la cabeza del ave, mirándola con los ojos abiertos como platos y sin parpadear.

En medio de aquel circo, yo acepté interpretar el papel de jefe de pista, enfundarme una levita con alamares y presentar los números, las competiciones, las ocurrencias, las fantasías y los desatinos, intentando dirigir con mi batuta aquellas locas operetas. Ni un solo día sin su ración de ideas disparatadas, ni una sola noche sin su cena improvisada, sin su fiesta imprevista. Volvía por la tarde de trabajar y me topaba en la escalera con mi viejo amigo el senador, con la ropa arrugada y sudando, cargado con ramos de flores, cajas de vino o bolsas de comida preparada.

—¡Allá arriba se está armando, aviso de tormenta! ¡Tendrás que ponerte el impermeable, amigo mío, porque esta noche va a caer una buena! ¡La vamos a liar gorda! —exclamaba regocijado.

Y me encontraba a mi hijo en el rellano, recibiendo a los invitados con la cara oculta bajo una barba de pega, con un parche en un ojo y el otro rebosante de orgullo, tocado con un sombrero de pirata y cojeando alegremente sobre su falsa pata de palo. En el salón, mi mujer hablaba por teléfono con pantalones bombachos, una calavera tatuada en su generoso escote y anunciándoles el inminente abordaje de la flota del rey a los refuerzos convocados con urgencia para vaciar la bodega de un barco ya ebrio.

—Le dejo, el capitán del navío acaba de llegar. ¡No tarde en venir o se evaporará el ron!

Durante las fiestas, nuestro hijo permanecía despierto, aprendiendo a

bailar, a descorchar botellas, a preparar cócteles y, ayudado por el Crápula, a disfrazar y maquillar a los invitados que se quedaban dormidos en el sofá para luego fotografiarlos. Reía como un condenado cuando el senador salía desnudo de su habitación aullando que quería ahogarse en un barril de vodka. Entre los dos habían ideado una astuta treta para hacer caer en sus redes a las señoras y señoritas a las que el Crápula quería llevarse al huerto. Mi amigo le señalaba discretamente al niño a su favorita de la noche y le encargaba que pusiera bebidas a su alcance. Y mi hijo, con su aire inocente, les proponía que probaran todo tipo de combinaciones alcohólicas, que, para complacerlo, ninguna de ellas se atrevía a rechazar. Cuando estaban «al dente», el Crápula se acercaba, se sentaba a su lado y les hablaba de su poder, de sus encuentros con el presidente y de todas las ventajas que podían obtenerse conociendo a una personalidad como él. Luego se las llevaba a su dormitorio para compartir con ellas pedazos de responsabilidad y migajas de fama. Una noche, nuestro hijo, considerando quizá que había llegado el momento de establecerse por su cuenta, atrajo también a una guapa invitada a su propia habitación. Se desabrochó la camisa, se quitó el pantaloncito, hizo volar por el aire sus minicalzoncillos y empezó a saltar desnudo sobre la cama delante de la chica, conmovida, ligeramente halagada y también un poco asustada.

Como es lógico, en semejantes condiciones nada había ido como debía en lo referente a la educación de nuestro retoño. Tras pasarse las noches en agradable compañía, participando en conversaciones de adultos, en debates que a veces eran de altos vuelos o en inflamados monólogos de borrachos inspirados, las mañanas en la escuela se le hacían muy largas y aburridas. Bueno, más bien las tardes, porque después de veladas como aquéllas casi todas las mañanas faltaba a clase. Cuando Marine y yo llegábamos con la cara amarillenta y los ojos ocultos tras nuestras gafas ahumadas al día siguiente de una fiesta, inventando delirantes mentiras para justificar las repetidas ausencias de nuestro hijo, la señorita nos miraba con cara de consternación. Un día nos dijo furiosa:

—¡Esto es una escuela, no un hotel!

A lo que mi encantadora mujer replicó con ingenio y desenvoltura:

—Es una pena, porque, ¿sabe usted?, al menos los hoteles sirven para

algo, no como esta escuela. Aquí sólo le enseñan chorradas infantiles, así que no es que aprenda mucho. En cambio, por la noche, con nosotros, oye muy buena prosa, habla de las novedades literarias con librereros, opina sobre la marcha del mundo ante diplomáticos, cultiva el huerto con su amigo el senador, conversa de política fiscal y finanzas internacionales con banqueros de fama mundial, les hace la corte a plebeyas y marquesas, ¡y usted nos sale con la monserga del respeto a los horarios! Pero ¿qué pretende, que se convierta en funcionario? Mi hijo es un erudito pájaro nocturno que ya se ha leído el diccionario tres veces, y usted quiere transformarlo en una gaviota cubierta de aceite usado debatiéndose en una marea negra de agobios. ¡Si no lo traemos hasta después de comer, es para evitar todo eso!

Divertido, con la sonrisa congelada y las gafas caídas sobre la nariz, yo la veía volcar su alud de inesperados argumentos mientras nuestro hijo daba vueltas alrededor de su maestra agitando el aire con sus imaginarias alas de erudito pájaro de la noche. Tras el enésimo rifirrafe, yo sabía que sus días en el colegio estaban contados, que aquel ritmo escolar, a la carta y con tarifa plana, no podría continuar durante toda su educación.

Él creía que era un juego, la mayoría de las veces miraba a su madre riendo, pensando que seguía interpretando voluntariamente uno de sus delirantes papeles. Él creía que era un juego, así que yo me esforzaba por no parecer demasiado sorprendido ni triste. Hasta que una noche, tras un día tranquilo dedicado a la lectura, con voz insegura y los ojos muy abiertos por la preocupación, Colette se quitó las gafas y me dijo:

—Oiga, Georges, ilumíneme con sus luces... Me temo que no lo comprendo... Joséphine Baker no estaba en París durante la guerra... Por lo tanto, usted no pudo conocerla entonces. ¿Por qué me hizo creer esa majadería? No puede ser mi abuelo. Lo dice con todas las letras en esta biografía. Su historia tiene un problema de fechas, a no ser que se trate de una mentira como una catedral. Todo eso es imposible, ¡imposible! Es imposible, ¿me oye? ¡Completamente imposible! Yo ya no tenía ni nombre, pero este libro acaba de dejarme además sin filiación. ¿Quién me dice que es usted de veras mi marido? ¿Cuándo leeré un libro que afirme que nunca conoció a Drácula?

Yo percibía la angustia de su voz, sabía que por una vez su parrafada no estaba al servicio de una farsa, la veía tremendamente seria, con la mirada ausente, como si, vuelta hacia su interior, contemplara su mundo en pleno derrumbe, mientras que a mí lo que se me hundía era el suelo bajo los pies. Riéndose a carcajadas, nuestro hijo había empezado a garabatear en un papel un árbol genealógico sin ninguna lógica. Entretanto, Colette me miraba como se mira a alguien con quien te cruzas en la calle, un desconocido al que crees haber visto con anterioridad. Perpleja, con el dedo extendido hacia mí, la boca abierta y el cejo fruncido, estaba a punto de pedirme explicaciones. Al verla balancear la cabeza mientras mascullaba fórmulas secretas, tuve la sensación de que la movía con precaución para volver a ponerlo todo en su sitio y recobrar el juicio.

—¡Tengo que echarme un rato, no puedo más, me marea con sus sandeces!
—jadeó de camino al dormitorio con la cabeza inclinada para mirar el pulgar de su mano izquierda mientras trazaba las líneas de la derecha.

—Pero ¿al final quién es mamá? ¿Mi abuela? Entonces, ¿Joséphine Baker es mi bisabuela? Tendréis que explicármelo para mi árbol genealógico, porque queda un poco raro, con tan pocas ramas y tantas cabezas... —me dijo nuestro hijo con un lápiz mordisqueado entre los dientes.

—Cariño, ya sabes que Suzon tiene mucha imaginación y juega con todo, hasta con sus antepasados. Pero en el árbol, tu madre es al mismo tiempo las raíces, las hojas, las ramas y la cabeza, y nosotros somos los jardineros que vamos a hacer que el árbol se mantenga en pie y no termine por desarraigarse —le respondí yo con una confusa metáfora y un entusiasmo forzado mientras él, dubitativo, aceptaba su misión sin acabar de entenderla.

Después del incendio, yo no podía seguir fingiendo; el fuego, el humo, los bomberos, el plástico quemado en los hombros de mi bienamada, la inmensa tristeza que se ocultaba tras su euforia ya no podían ser el resultado de una broma. Había visto a mi hijo cubrirla con la tela dorada, subírsela cuidadosamente hasta los hombros para ocultar los magmas de plástico fundido y las películas de ceniza, subirla para ocultar, para no ver, para no seguir viendo los estigmas calcinados de la despreocupación de su infancia convertida en humo. Había hecho gala de mucha sangre fría, mucho coraje

ante aquella prueba, manteniendo una actitud grave y atenta durante el interrogatorio de su madre por parte de la policía y durante la batería de pruebas a que la habían sometido los médicos. No había flaqueado ni un instante, ni una sola lágrima había resbalado por su rostro orgulloso y serio. Lo único que dejaba traslucir su pena eran sus brazos tensos, con los pequeños puños apretados y hundidos en el fondo de los bolsillos, pero su expresión había permanecido grave y atenta al hablar de lo sucedido.

—¡Qué faena! Pero encontraremos una solución, ¿verdad, papá? ¡No podemos pasar sin ella y ya está! ¡Tenemos que librarnos de estos malditos problemas pegándoles una patada en el culo! —exclamó, cogiendo impulso para perforar el aire con el pie al enterarse de que su madre permanecería internada.

Mientras volvíamos caminando a casa, los dos solos, me dije que tenía razón: en el punto en que nos encontrábamos, no teníamos más remedio que pegarle una patada en el culo a la sensatez. Para no acongojarlo, para evitarle la terrible verdad, le dije que su madre volvería algún día, aunque los médicos me habían asegurado todo lo contrario. Según ellos, no podría salir nunca de allí, su estado iría de mal en peor; aquel deprimente edificio —como ella lo había llamado— era su único futuro. No le expliqué que, para salvar la vida de otros, su madre debía morir allí dentro. Caminando por la calle aquella hermosa noche de primavera, con la mano de mi hijo en la mía, ya no era el idiota feliz que siempre me había vanagloriado de ser, había dejado que la segunda parte de mi título saliera volando y desapareciera. Cuando conocí a su madre, había hecho una apuesta, había leído todas las cláusulas, firmado el contrato, aceptado las condiciones generales y dado el visto bueno a las contrapartidas. No me arrepentía de nada, no podía arrepentirme de aquella dulce marginalidad, de aquellos constantes cortes de mangas a la realidad, de aquella forma de hacerles burla a las convenciones, al reloj, a las estaciones, de sacarle la lengua al qué dirán. Ahora no teníamos más remedio que pegarle una patada en el culo a la sensatez, y para eso íbamos a añadir una cláusula adicional al contrato. Después de años de fiestas, viajes, excentricidades y alegría extravagante, no me veía explicándole a mi hijo que todo se había acabado, que a partir de entonces iríamos todos los días a ver delirar a su madre en la habitación de un hospital, que su mamá era una enferma mental y que había que esperar pacientemente a ver cómo se hundía. Le mentí para poder

continuar la partida.

El estado de Louise fluctuaba y nunca sabíamos a ciencia cierta cómo íbamos a encontrárnosla, así que nuestro hijo siempre estaba muy angustiado antes de llegar. Los medicamentos le proporcionaban cierta serenidad y, en parte, la hacían retroceder hasta su estado anterior, de modo que nosotros la encontrábamos aceptablemente chiflada, como si no hubiera cambiado. Pero a veces empujábamos la puerta y la sorprendíamos en plena conversación con sus demonios, charlando con fantasmas, entrelazando las manos para recitar salmos que componía ella misma siguiendo sus propias pautas. En muy poco tiempo había conseguido ganarse el afecto de los demás pacientes y la simpatía del personal sanitario, que le perdonaba todos sus caprichos y la servía como a una marquesa. Nuestro hijo aprendió enseguida a orientarse en aquel dédalo de pasillos por el que pululaban almas en pena sostenidas por cuerpos que caminaban sin rumbo. Se había creado un recorrido ritual, unas visitas de inspección totalmente surrealistas. Empezaba aguantándole el rollo a un esquizofrénico melómano y luego se marchaba a la cabecera de una antigua criminal despojada de la capacidad de hacer daño por potentes fármacos. Yo aprovechaba sus ausencias para ultimar con su madre la operación de huida que había bautizado con el nombre «Liberty Bojangles». Louise se había mostrado entusiasmada y me había hecho notar, muy acertadamente, que yo también tenía un sitio en aquella casa de locos.

—¡Georges, querido, le ofrecería compartir mis pastillas, pero verás, hoy ya me las he tomado todas! Le aseguro que mañana le guardaré unas cuantas. ¡Esta operación Liberty Bojangles no puede habersele ocurrido a una persona en su sano juicio!

La operación Liberty Bojangles era la patada en el culo que mi hijo se había propuesto pegarle a la sensatez. Yo no podía resignarme a terminar la novela que era nuestra vida sin añadirle un punto final teatral. Teníamos que ofrecerle a nuestro hijo un desenlace a la altura de lo que había sido la narración: un folletín alegre, lleno de sorpresas y rebosante de amor. Louise quiso atribuirse la autoría de aquel desatino, convencida de que sería un maravilloso remate, de que aquel secuestro sería la diadema que se colocaría en la cabeza para coronarse como reina de los chiflados.

Sencillamente, deseaba deslumbrar a su hijo una última vez.

9

Delante de nuestra terraza, unos diez metros más abajo, había un enorme pino que siempre había estado allí. Cuando pasábamos las vacaciones de invierno en España, lo utilizábamos como árbol de Navidad. Mis padres y yo dedicábamos un día entero a adornarlo; con una escalera de mano, lo cubríamos de vistosas guirnaldas y de luces parpadeantes, lo llenábamos de nubes de algodón y le poníamos una estrella gigante en la punta. El pino era muy bonito y el día también resultaba siempre precioso. Pero, como todo el mundo, el pino había crecido, y desde nuestra llegada mamá no paraba de despotricar contra aquel árbol que nos tapaba las vistas. Decía que por su culpa ya no se apreciaba el lago, que hacía sombra en la terraza y que el día menos pensado, en medio de una tormenta, se nos caería encima y destruiría la casa, que cuando menos lo esperáramos, una buena mañana, aquel pino se transformaría en asesino. Hablaba de él cada vez que lo tenía delante y, como se veía desde todas las ventanas, hablaba de él a todas horas. A papá y a mí el pino nos daba igual, no nos molestaba ni mucho ni poco, para ver el lago bastaba con desplazarse unos pasos, pero para mamá se había convertido en una obsesión. Como el árbol se encontraba fuera de los límites de nuestra finca y no era nuestro, papá y yo fuimos a ver al alcalde del pueblo para que nos autorizara a cortarlo. Pero el alcalde se negó, argumentando que si todo el mundo cortara los árboles que le molestaban, nos quedaríamos sin bosque. Mientras volvíamos a casa, papá me dijo que estaba de acuerdo con el alcalde, pero para mamá aquel árbol era un problema al que había que encontrar solución a toda costa a fin de que en casa volviera a haber paz. Yo, la verdad, no sabía qué pensar: contentar a mamá o proteger el bosque, era un dilema muy peliagudo.

Aparte del Crápula, que siempre venía a pasar sus vacaciones de senador para jugar conmigo a atacarnos con baba, esforzarse para que su vida alcanzara un éxito completo llenándose la panza y tostarse en la terraza como de costumbre,

ya nadie venía a visitarnos. En su primera visita, el senador nos trajo a *Doña Superflua* en su coche, lo que lo dejó en un estado de fatiga física y moral muy acusado. Durante el viaje, *Superflua* no había parado de trompetear, agitar las alas y golpear los cristales con el pico mientras convertía el asiento posterior en un gran cagadero. Para acabar de arreglarlo, el Crápula había tenido problemas en la frontera. Los guardias se lo habían revisado todo, la documentación, el coche, el equipaje, incluso habían vuelto a empezar cuando les dijo que era senador, pues sospecharon que se trataba de un impostor. Al bajar del coche, decretó que no quería volver a ver a *Superflua* ni en pintura y que, si por él fuera, la habría hecho asar en una espetera y se la habría comido acompañada con una botella de Bourgueil. *Superflua*, por su parte, salió huyendo de inmediato hacia el lago, donde se quedó todo el día, enfurruñada. Cuando el Crápula regresaba a París para trabajar en el palacio de Luxemburgo, nos quedábamos solos los cuatro y teníamos más que suficiente.

De vez en cuando, papá llamaba a la policía para saber cómo iba la investigación, ponía el altavoz y mamá oía al agente de turno decirnos que no la habían encontrado. Nos tronchábamos tapándonos la boca con la mano para no hacer ruido.

—¡Es terrible, incomprendible! —exclamaba papá con voz triste—. En algún sitio estará... ¿Seguro que no tienen ni la menor pista?

Entonces el poli respondía, invariablemente apurado, que la investigación iba lenta, pero que seguían buscando. Cuando papá colgaba, yo siempre decía:

—¡Si la investigación va lenta en París, no sé cuándo va a llegar aquí! Con lo que se tarda en coche o en avión, si van a pie les costará mucho, mucho tiempo.

Aquello siempre hacía reír a mis padres un montón.

Todas las mañanas, mientras papá y yo dormíamos, mamá iba a bañarse al lago en compañía de *Doña Superflua*. Se zambullía desde las rocas y luego veía salir el sol haciendo el muerto, con *Superflua* a su alrededor chillando o intentando atrapar peces con el pico, aunque siempre fallaba. Con el tiempo se había convertido en un pájaro de salón que comía latas de atún, escuchaba música clásica, se ponía collares y participaba en cócteles; había perdido esas otras costumbres.

—Me encanta mirar el cielo oyendo los ruidos acuáticos de las profundidades, realmente tengo la sensación de estar lejos. ¡No hay nada mejor para empezar el día! —decía mamá al volver, antes de prepararnos un opíparo desayuno con zumo de naranjas cogidas en los árboles del jardín y miel de los panales del vecino.

Luego íbamos a hacer la compra a los pueblecitos de los alrededores, cada día a un pueblo distinto, a un mercado distinto. Me sabía los nombres de todos los vendedores, que muchas veces me daban fruta gratis, en ocasiones bolsas enteras de almendras que nos comíamos sentados en una roca o en la acera, partiéndolas con una piedra o con el pie. Los pescaderos nos daban consejos para la preparación o la cocción de los pescados. Los carniceros nos explicaban recetas españolas para curar la carne de cerdo en sal, mayonesas con ajo o cosas tan increíbles como la paella, para la que el pescado, la carne, el arroz, los pimientos y el resto de cosas se echaban a la vez. Luego íbamos a tomar café a alguna placita blanca y dorada. Papá leía el periódico y se reía solo, porque para él el mundo estaba loco, y mamá me pedía que le contara historias extraordinarias mientras fumaba con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia la luz, como un girasol. Cuando andaba escaso de ideas, le hablaba de nuestra vida de ayer o de anteayer añadiendo pequeñas mentiras, y la mayoría de las veces era mucho mejor que cualquiera de mis historias inventadas. Después de comer, dejábamos que papá se concentrara en su novela tumbado en la hamaca con los ojos cerrados y bajábamos al lago, a bañarnos cuando hacía calor o a preparar grandes ramos de flores y tirar piedras para que rebotaran en el agua cuando el aire era fresco. Al volver encontrábamos a papá, tras haber trabajado mucho, con la cara llena de arrugas, y la cabeza, de ideas y remolinos. Poníamos *Bojangles* a todo volumen para el cóctel, antes de encender la barbacoa para cenar. Mamá me enseñaba a bailar rock, jazz, flamenco, sabía pasos y movimientos para cualquier música alegre y animada. Todas las noches, antes de irme a dormir, me dejaban fumar para formar anillos de humo. Después hacíamos concursos y, regocijándonos con cada bocanada de nuestra nueva vida de fugitivos, veíamos cómo se evaporaban los anillos al ascender hacia el cielo estrellado.

Por desgracia, al cabo de algún tiempo, los ataques de locura de mamá reaparecieron de forma intermitente. Eran fugaces ramalazos que comenzaban

en un visto y no visto, sin más, por un simple detalle, duraban veinte minutos o una hora y acababan tan bruscamente como habían empezado. Luego, durante semanas, no ocurría nada. En esos momentos de locura furiosa, su obsesión ya no era sólo el pino: cualquier cosa podía convertirse en manía de la noche a la mañana. Un día se le metía en la cabeza cambiar los platos. Como el sol se reflejaba en la porcelana y la deslumbraba, sospechaba que pretendían dejarnos ciegos. Otra vez quiso pegar fuego a todos sus vestidos de lino porque decía que le quemaban la piel, que se había visto placas en los brazos, cosa que no era cierta, pero se pasó el día rascándose hasta hacerse sangre. Poco después le tocó al agua del lago: decía que estaba envenenada simplemente porque había cambiado de color tras una noche de lluvia. Pero al día siguiente iba a bañarse y comía en los platos de siempre con un vestido de lino, como si tal cosa. Siempre nos ponía por testigos e intentaba mostrarnos la realidad de sus delirios de obsesa, y en cada ocasión papá intentaba calmarla, demostrarle que se equivocaba, pero nunca funcionaba. Se ponía hecha una furia, aullaba, gesticulaba, nos miraba con una sonrisa escalofriante y nos reprochaba nuestra lucidez:

—¡No lo entienden, no lo ven, lo tienen delante de las narices y se quedan tan tranquilos!

La mayoría de las veces, después no se acordaba de lo que había hecho, así que papá y yo no lo mencionábamos, hacíamos como si no hubiera pasado nada, pensábamos que hurgar en la herida era peor. Bastante duro resultaba ya vivir así como para querer vivirlo por segunda vez con palabras. A veces ella se daba cuenta de que había ido demasiado lejos, de que había hecho o dicho lo que fuera, y entonces era peor, porque en esos momentos ya no daba miedo, sino pena, mucha pena. Luego se aislaba para llorar desconsolada y teníamos la sensación de que no iba a parar nunca, como si hubiera adquirido demasiada velocidad al bajar una cuesta, porque su dolor venía de muy atrás, de muy lejos, y no podía resistirse a él. Su maquillaje tampoco resistía: se le extendía por la cara y le embadurnaba las redondeadas mejillas tras abandonar las pestañas y los párpados huyendo de sus ojos extraviados, que la volvían terriblemente hermosa. Después del dolor venía la depresión, se quedaba sentada en un rincón con el pelo sobre la cara y el cuello encogido entre los hombros, moviendo las piernas con nerviosismo y respirando muy fuerte para recuperar el aliento, como después de una carrera de velocidad. Yo me decía que, sin duda, intentaba tomarle la delantera a su tristeza. Papá y yo nos

sentíamos impotentes cuando se sumía en ese estado. Él intentaba consolarla hablándole con suavidad para que se tranquilizara y yo procuraba hacerle mimos, pero no servía de nada; en esos momentos no había quien la reconfortara, entre sus problemas y ella no quedaba espacio para nosotros, el sitio estaba ocupado.

Para mitigar la intensidad y la duración de sus ataques, una tarde celebramos un consejo de guerra. Reunidos los tres en la terraza, decidimos con qué armas íbamos a luchar contra aquella gran desgracia. Papá sugirió que mamá dejara de tomar cócteles a todas horas, porque opinaba que tener sed constantemente no ayudaba, que, aunque no fuera seguro que la bebida acelerara el deterioro, estaba claro que no lo hacía retroceder. Mamá aceptó con todo el dolor de su alma, porque para ella los cócteles eran una auténtica pasión. De todas formas, negoció una copa de vino en cada comida argumentando que en tiempos de guerra no era prudente privarla de todas las municiones.

Como una prisionera voluntaria, nos pidió que la encerráramos en el granero en cuanto la locura asomara la nariz. Nos explicó que el único sitio donde podía mirar a sus demonios a los ojos era en la oscuridad. Así que papá, con infinita pena, aceptó tapar todas las grietas, barrió el suelo, quitó las telarañas e instaló una cama en el granero. Tenía que estar verdaderamente enamorado para avenirse a encerrar en aquel sitio infame a su mujer para que se calmara. Era horrible ver a papá acompañarla al granero cada vez que la locura aparecía. Mamá aullaba y él le hablaba con mucha suavidad, porque no podía hacer nada más. Yo me tapaba los oídos y, cuando aquello duraba demasiado, me iba al lago para intentar olvidar las marranadas que nos hacía la vida, pero a veces oía los gritos de mamá incluso allí, y entonces me ponía a cantar con todas mis fuerzas esperando a que los alaridos se convirtieran en susurros. Una vez ganada su batalla contra los demonios, su lucha consigo misma, golpeaba la puerta y salía victoriosa del granero, totalmente exhausta y también un poco avergonzada. Aunque después de las crisis del granero siempre estaba agotada, por la noche nunca conseguía dormir, así que tomaba somníferos. Porque cuando dormía ningún demonio acudía a atacarla y podía disfrutar del descanso de la guerrera.

Como mamá ya no podía beber cócteles, por la tarde papá iba a tomarse el suyo con el pino. Mientras le daba sorbos, vertía chorritos del líquido tóxico y explosivo al pie del árbol, que lo absorbía todo sin sospechar. Cuando le pregunté por qué compartía su copa con el árbol, me contó una historia que sólo podía habersele ocurrido a él. Me dijo que se tomaba el cóctel con el pino para celebrar que éste se iba, que pronto sería libre, que lo esperaban en otro sitio, lejos de allí. Me dijo que unos piratas se habían puesto en contacto con él en secreto porque necesitaban el tronco para hacer un mástil para su barco. Como no era malo, no quería cortarlo con el hacha, así que esperaba a que se cayera solo, como un hombre.

—Figúrate, este árbol va a abandonar el bosque para surcar mares y océanos, dará la vuelta al mundo, se pasará la vida viajando, fondeará en muchos puertos, desafiará tempestades, se dejará mecer tranquilamente, vestido con sus viejos y hermosos aparejos, con la bandera de la calavera en lo alto. Le aguarda una brillante carrera de corsario, y te aseguro que será más útil y más feliz en un barco que aquí, perdido entre sus congéneres sin nada que hacer —me dijo mientras vertía el último chorrito del cóctel a sus pies, sobre las raíces y el musgo.

Me pregunté de dónde se sacaría aquellas historias. Yo sabía perfectamente que se tomaba el cóctel con el árbol para eliminarlo del paisaje y evitar que mamá se volviera aún más loca, ni más ni menos. Pero al imaginármelo en un barco lleno de piratas surcando el mar Caribe, o el del Norte, para descubrir islas secretas, decidí creer su historia. Porque, como siempre, sabía contar hermosas mentiras por amor.

Cuando no ejercía de prisionera voluntaria, mamá se mostraba cada vez más atenta con nosotros. Todas las mañanas volvía de su baño en el lago con dos ramitos de flores que depositaba sobre nuestras respectivas mesillas de noche, a veces acompañados de unas palabras, una cita extraída de sus lecturas o bien uno de sus preciosos poemas. Se pasaba el día entre los brazos de papá cuando no me tenía a mí en los suyos. Siempre que me veía cerca, me cogía de la mano y me estrechaba contra su pecho para que hacerme oír su corazón y susurrarme cumplidos, hablarme de cuando era un bebé, de la fiesta que habían organizado en la habitación de la clínica para celebrar mi llegada, de las quejas de los demás pacientes por la música y el ruido durante toda la

noche, de las horas que se había pasado bailando despacio para mecarme, de mis primeros pasos para intentar agarrar los penachos de *Superflua*, de mi primera mentira acusando al pájaro de haberse hecho pipí en mi cama, o sencillamente de lo feliz que era estando conmigo. Hasta entonces nunca me había dicho nada así, y a mí me gustaba mucho que me contara cosas de las que ya no me acordaba, aunque a veces en sus ojos hubiera más melancolía que felicidad.

Por San José, los habitantes del pueblo organizaban una gran fiesta que duraba todo el día. Empezaban por la mañana cubriendo con ramos de flores una gran Virgen de madera. Era fantástico. Las familias acudían con los brazos cargados de manojos de rosas rojas y blancas, los depositaban al pie de la imagen y, poco a poco, los organizadores iban haciéndole un vestido rojo con adornos blancos y una capa blanca con adornos rojos. Había que verlo para creerlo. Por la mañana lo único que había era la cabeza de la estatua sobre un armazón de madera, y por la tarde la Virgen estaba vestida y perfumada para celebrar la fiesta, como todo el mundo. Durante el día, explotaban petardos por todas partes, resonaban en el valle y al principio me sobresaltaban; aquello era como las guerras de las películas, pero nadie parecía preocuparse. Papá me dijo que los españoles eran guerreros de la fiesta, y a mí me gustaba aquella guerra con flores, petardos y sangría. Conforme avanzaba el día, las calles del pueblo se llenaban de familias vestidas con trajes tradicionales, venía gente de todo el valle e incluso de más lejos. Del abuelo a la nieta, todos iban disfrazados como a comienzos del siglo anterior; hasta los bebés tenían derecho a su capa cubierta con vistosos encajes, era genial. Para hacer la guerra de la fiesta y estar a tono con el ambiente y las costumbres, mamá nos compró disfraces. Al contrario que con el traje de marinero estadounidense, me encantó ponerme mi reluciente chaleco, mis pantalones bombachos y mis alpargatas blancas, porque cuando vas vestido como todo el mundo nunca te sientes ridículo. Mamá había domado su loca cabellera con un pañuelo negro de encaje y se había puesto un bonito vestido abombado, como los de las reinas en los libros de historia. Tenía tanto calor con el vestido que no paraba de agitar el abanico de tela negra con mariposas, y lo agitaba tan deprisa que parecía que las mariposas fueran a echarse a volar en cualquier momento. Por la tarde, las calles estaban llenas de españoles disfrazados que

desfilaban religiosamente, porque para ellos la celebración era también algo serio. Estaban orgullosos y alegres, y yo pensé que, con fiestas como aquella, tenían motivo de sobra para estarlo.

Al caer la noche, las calles se iluminaron con hogueras y antorchas que alumbraban los bailes y el jolgorio. En la plaza de la iglesia, al pie de la Virgen, los vecinos habían preparado una paella tan gigantesca que, para remover el arroz mientras se cocía, tenían que usar largos rastrillos de madera. Todo el mundo se servía en medio de un jaleo monumental e iba a sentarse a la buena de Dios a las mesas y en los bancos; todo el mundo se mezclaba, porque la paella era como la fiesta: una sabia mezcla de esto y de aquello. Para celebrar el final de la cena, habían organizado unos fuegos artificiales que salían disparados de todas partes: de los tejados de las casas, de las montañas del fondo, de las barcas del lago. Los zambombazos resonaban por todos lados, los muros del pueblo se teñían con los colores de los haces de luz y, al final, en el cielo había tanta claridad y tantos resplandores que parecía que estuviésemos en pleno día. Por un momento, la noche se disipó por completo para participar a su manera en aquella hermosa guerra, y fue entonces cuando vi las lágrimas bajo la mantilla de mamá, lágrimas continuas que caían en línea recta, resbalaban por sus pálidas y redondeadas mejillas, rodeaban las comisuras de sus labios y se precipitaban hacia el suelo tomando el último impulso en su trémula y orgullosa barbilla.

Después de los fuegos artificiales, una señora alta y guapa, vestida de rojo y negro, subió a la escalinata de la iglesia para cantar canciones de amor acompañada por una orquesta. Para cantar más alto, lanzaba las palabras al aire extendiendo los brazos hacia el cielo; eran unas canciones tan bonitas que hacían pensar que iba a echarse a llorar para interpretarlas mejor. Luego empezó a entonar canciones alegres que todo el mundo acompañaba tocando palmas y bailando. El ambiente era mágico, electrizante. Las siluetas daban vueltas como si fueran marionetas, como locas, hasta el mareo; los vestidos giraban como peonzas, formando borrones de colores entremezclados; los bailarines saltaban y se agitaban como posesos. Con sus deslumbrantes vestidos de encaje, su tez morena y sus grandes ojos negros, las niñas parecían muñecas de museo; eran increíblemente hermosas, sobre todo una. Yo no dejaba de mirarla, pero no conseguía verle más que el moño, la frente ancha,

los ojos ausentes y las mejillas sonrosadas. Estaba allí, justo frente a mí, sentada en un banco, agitando el abanico suavemente y sonriendo con descaro, pero yo tenía la sensación de que se encontraba en la otra punta del mundo. De tanto mirarla, nuestros ojos acabaron encontrándose y me quedé petrificado, inmóvil como una figurita de belén, sacudido por un largo y dulce escalofrío.

Poco antes de medianoche, la muchedumbre retrocedió para despejar ante la iglesia una pista de baile redonda. Las parejas se acercaban, una tras otra, para bailar delante de la cantante y la orquesta. Había parejas de ancianos que bailaban con sus huesos frágiles y toda su experiencia; para ellos el baile era casi como una ciencia, sus movimientos eran seguros y milimétricos, daba la sensación de que no supieran hacer otra cosa más que bailar y bailar, y todo el mundo aplaudía para felicitarlos. Las parejas jóvenes salían a la pista a mostrar su fogoso sentido del ritmo, se movían con tal rapidez que parecía que sus llamativos vestidos fueran a incendiarse en cualquier momento. Mientras danzaban se devoraban con los ojos, con una curiosa mezcla de desafío y admiración, pero, por encima de todo, con ardorosa pasión. Y también había parejas de generaciones distintas, y eso sí que era bonito de verdad. Los niños pequeños bailaban con sus abuelas, las niñas con sus padres... Era una cosa torpe, embarullada y enternecedora, pero siempre hecha con seriedad, con esfuerzo y atención, y aunque sólo fuera por eso, daba gusto verlos, así que todo el mundo los animaba con aplausos. Entonces, de repente, vi a mamá surgir de la nada y avanzar dando saltitos hasta el centro de la pista, con una mano en la cadera y la otra tendida hacia mi padre. Aunque parecía muy segura de sí misma, yo pasé mucho miedo y pensé que no podían permitirse un solo error. Papá entró en la pista con la barbilla levantada, y la muchedumbre, curiosa, guardó silencio para ver bailar a los únicos extranjeros de la fiesta. Tras un silencio eterno, la orquesta empezó a tocar y mis padres se pusieron a bailar girando lentamente el uno alrededor del otro, con la cabeza un poco agachada, pero mirándose a los ojos, como si estuvieran buscándose, retándose. Para mí era bonito y a la vez angustiante. Después, la señora alta de rojo y negro comenzó a cantar, las guitarras se encabritaron, los platillos resonaron, las castañuelas chasquearon, mi cabeza empezó a dar vueltas, y mis padres, a volar. Mis padres volaban, volaban el uno en torno al otro, volaban con los pies en el suelo y la cabeza en el aire, volaban de verdad, aterrizaban con suavidad, volvían a girar como impacientes torbellinos y volaban de nuevo con pasión en un frenesí de movimientos incandescentes. Nunca los

había visto bailar así, parecía un primer baile, y también el último. Era una oración hecha de movimientos, era el comienzo y al mismo tiempo el final. Bailaron hasta quedarse sin aliento, mientras yo contenía el mío para no perderme nada, para no olvidar nada y grabar en mi memoria todas sus locas evoluciones. Habían puesto toda su vida en aquel baile y la muchedumbre se dio cuenta, por eso los aplaudió más que a nadie, porque, para ser extranjeros, bailaban tan bien como ellos. Mis padres saludaron a la multitud bajo una lluvia de aplausos que resonaban en todo el valle, sólo para ellos, y yo volví a respirar, contento por mis padres y tan exhausto como ellos.

Mientras mis padres bebían sangría con la gente del pueblo, yo me mantuve un poco apartado para saborear el momento y verlos disfrutar de su nuevo triunfo. Sentado en un banco, daba sorbos a un vaso de leche y paseaba la mirada por la plaza para ver si mi muñeca española se encontraba entre el gentío. Como todas las niñas iban vestidas igual, creía verla en todas partes, pero no estaba en ninguna. Después de mucho rato, fue ella la que, al final, se acercó a mí. Apareció por sorpresa, surgiendo de la multitud con la cara oculta tras el abanico, avanzando despacio, como en una novela, llevada por su vestido abombado y flotante. Me habló sin mirarme directamente, en un español que yo no acababa de entender. Hablaba, se sacaba las palabras de la garganta haciéndolas girar y chasqueaba la lengua contra el paladar, y yo la miraba embobado, con la boca y los ojos muy abiertos, como un pez fuera del agua. Se sentó a mi lado y siguió hablando y hablando, hablaba por los dos, porque veía con toda claridad que yo no era capaz de hacer nada. No me hacía preguntas, lo notaba por la entonación, me daba conversación observando de vez en cuando mi cara de pez, y a mí me parecía estupendo. Compartía conmigo sus impresiones y el aire de su abanico, se callaba un instante, sonreía y volvía a la carga, no parecía dispuesta a parar, y era perfecto, porque nadie se lo pedía. En mitad de una frase, se inclinó para posar sus labios en los míos, como si estuviéramos casados. Y yo me quedé inmóvil como un idiota, allí plantado, sin pestañear siquiera; era increíble lo inepto que podía llegar a ser. Luego ella se echó a reír y se marchó, aunque se volvió dos veces para ver mi cara de pez recién pescado.

Al llegar a casa, después de acostarme y apagar la luz, oí que la puerta de mi

habitación se abría lentamente y vi que la silueta de mamá se acercaba en silencio. Se tumbó junto a mí con mucho cuidado y me rodeó con los brazos. Ella creía que estaba dormido, así que empezó a hablarme muy bajito, para no despertarme. Con los ojos cerrados, yo la oía susurrar. Sentía su aliento tibio en mi pelo y la suave piel de su pulgar, que me acariciaba la mejilla. La oí contar una historia muy corriente. La de un niño encantador y listo que era el orgullo de sus padres. La historia de una familia que, como todas las familias, tenía sus problemas, sus alegrías y sus penas, pero que, de todas formas, se quería mucho. De un padre formidable y generoso, de ojos azules, saltones y curiosos, que había empleado toda su alegría y su buen humor para hacerles la vida más agradable. Pero, por desgracia, en mitad de aquella dulce novela se había presentado una loca enfermedad para atormentarlos y destrozar esa vida. Conteniendo los sollozos, mamá murmuró que había descubierto una solución para acabar con aquella maldición. Me susurró que era lo mejor, así que la creí, todavía con los ojos cerrados, y me sentí aliviado al oír que íbamos a recuperar nuestra vida de antes de la locura. Sentí que sus dedos me dibujaban la señal de la cruz sobre la frente y sus labios húmedos me depositaban un beso en la barbilla. En cuanto mamá se fue, me dormí tranquilo y confiado, pensando en nuestra vida futura.

10

A la mañana siguiente, en la mesa de la terraza, en medio de los tazones, el cestillo del pan y los tarros de mermelada, había un magnífico ramo de mimosas, espigas de lavanda, romero, amapolas, margaritas multicolores y muchas cosas más. Al acercarme a la balaustrada para ver el lago, vi a mamá haciendo el muerto en camión, como todos los días. Flotaba en su envoltorio blanco, con los ojos hacia el cielo y los oídos atentos a los ruidos de las profundidades, porque pensaba que no había nada mejor para empezar el día. Me volví y vi a papá mirando el ramo con expresión relajada y feliz. Pero al sentarse descubrió una caja de somníferos a la sombra de las flores, con todas las cápsulas abiertas y vacías. Me miró a los ojos de manera extraña, se levantó y bajó el camino del lago a la velocidad del rayo mientras yo me quedaba allí parado, petrificado dentro del pijama, sin querer comprender la tragedia que había ocurrido allí abajo. Veía a papá corriendo, a mamá flotando, a papá acercándose al cuerpo de ella, que se alejaba a la deriva. Lo vi zambullirse vestido para llegar a nado junto a mamá y vi a mi madre alejarse lentamente de la orilla con los brazos en cruz, con su camión de tela blanca.

Después de sacar a mamá del lago, papá la dejó sobre los guijarros de la orilla. Intentó reanimarla, la tocó por todas partes, le presionó el pecho como un loco, intentó hacerla revivir, la besó para darle su aire, mostrarle su amor y sus sentimientos. Yo no recuerdo haber bajado, y sin embargo me veo junto a ellos, sosteniendo la mano helada de mamá mientras mi padre seguía besándola y hablándole. Le hablaba como si ella lo oyera, le hablaba como si estuviera viva, le decía que no pasaba nada, que la comprendía, que todo se arreglaría, que no hacía falta preocuparse, que era un mal momento que había que pasar, que pronto volverían a encontrarse. Y mamá lo miraba, lo dejaba hablar, sabía perfectamente que todo había acabado, que papá se estaba mintiendo. Así que mantenía los ojos abiertos para no darle pena, porque

algunas mentiras siempre son mejores que la verdad. Yo comprendí muy bien que todo había terminado, comprendí el significado de las palabras que mamá me había susurrado en la cama.

Y lloré, lloré como nunca, porque me reprochaba no haber abierto los ojos en la oscuridad, lloré porque lamentaba no haber entendido antes que su solución era desaparecer, decirnos adiós, irse para no molestarnos más con sus crisis del granero, para no seguir obligándonos a soportar sus obsesiones, sus gritos y sus alaridos sin fin. Lloré por haberlo comprendido demasiado tarde, sencillamente. Si hubiera abierto los ojos, si le hubiera respondido, si la hubiera convencido para que se quedara a dormir conmigo, si le hubiera dicho que, con locura o sin ella, me gustaba tal como era, seguro que no habría hecho aquello, seguro que no habría ido a bañarse por última vez. Pero yo no había hecho nada, no había dicho nada, y ahora ella estaba allí, con el cuerpo frío y la mirada perdida, oyendo nuestro dolor, sin ver nuestros ojos llenos de lágrimas y de miedo.

Los tres nos quedamos mucho tiempo a la orilla del lago, tanto que el pelo y el camisón de lino blanco de mamá tuvieron tiempo de secarse del todo. Con el viento, sus cabellos se movían ligeramente; con el viento su cara volvía a la vida. Miraba el cielo al que se había marchado, con los ojos inmóviles entre las largas pestañas, la boca entreabierta y el cabello al viento. Los tres nos quedamos mucho rato en la orilla del lago porque seguía siendo así como mejor estábamos: los tres juntos, mirando al cielo. Papá y yo permanecemos en silencio intentando perdonarle a mamá su mala decisión, tratando de imaginar la vida sin ella, aunque ella aún estaba allí, entre nuestros brazos, con la cara hacia el sol.

Cuando subimos, papá depositó a mamá en una tumbona y le cerró los ojos, porque ya no le servían para nada. Llamó al médico del pueblo por mera formalidad, porque la verdad ya se sabía y ya no había nada que curar. Hablaron aparte largo rato mientras yo miraba a mamá, tendida en la tumbona con los ojos cerrados, un brazo colgando y el otro pegado al cuerpo, como si estuviera bronceándose. Luego papá vino a decirme que mamá había muerto porque había tragado agua, que se había ahogado porque había perdido pie. No sabía muy bien qué decir, así que decía lo primero que se le ocurría. Pero

yo sabía perfectamente que nadie se toma un frasco entero de somníferos para dormir cuando acaba de despertarse. Había comprendido que mamá quería dormir para siempre, porque sólo durmiendo podía alejar a sus demonios y evitarnos sus momentos de locura. Quería estar tranquila siempre, nada más. Había decidido aquello y, aunque fuera una solución triste, pensé que tenía sus motivos y que había que aceptarlos ante todo y contra todo, y sobre todo porque ya no teníamos elección.

El médico nos dejó a mamá una última noche para que le dijéramos adiós, hasta la vista, para que habláramos con ella por última vez, porque se había dado cuenta de que no nos lo habíamos dicho todo, de que no podíamos separarnos así. Así que se fue después de ayudar a papá a acostarla en su cama. Y aquella noche fue la más larga y la más triste de mi vida, porque en realidad no sabía qué decirle y, sobre todo, porque no tenía ningunas ganas de despedirme de ella. Pero aun así me quedé sentado en mi silla por papá, vi cómo él le hablaba, la peinaba y lloraba con la cabeza apoyada en su vientre. Le hacía reproches, le daba las gracias, la disculpaba, le pedía perdón, a veces todo en la misma frase, porque no le daba tiempo a hacerlo de otra manera. Aprovechaba aquella última noche para tener con ella la conversación de toda una vida. Estaba furioso con mamá, consigo mismo, sentía pena por los tres, le hablaba de nuestra vida de antaño y de todas las cosas que ya no haríamos, de todos los bailes que ya no bailaríamos. Y, aunque era confuso, yo comprendía todo lo que decía, porque sentía la misma pena sin poder expresarla; las palabras tropezaban con mis labios cerrados y se quedaban atascadas en el nudo de mi garganta. No tenía recuerdos enteros, sólo fragmentos de recuerdos que se empujaban y se sustituían enseguida, porque no puedes recordar toda una vida en una noche, es imposible, es matemático, habría dicho papá en otras circunstancias. Luego el día despuntó y, poco a poco, ahuyentó a la noche, pero papá cerró los postigos para prolongarla, porque los dos estábamos bien en la oscuridad con mamá, no queríamos aquel nuevo día sin ella, no podíamos aceptarlo, así que cerramos los postigos para hacerlo esperar.

Por la tarde, unos señores muy bien vestidos con trajes negros y grises vinieron a buscar los restos de mamá. Papá me dijo que eran los hombres de la

funeraria y que su trabajo consistía en llevarse a los muertos de sus casas poniendo cara triste para que pareciera que lo sentían mucho. Y aunque como trabajo lo encontré raro, me alegré de poder compartir mi pena con ellos durante unos instantes; nunca seríamos demasiados para soportar una desgracia como aquélla. Luego mamá se fue, se puso en camino sin ceremonias para esperar hasta el entierro en un lugar especialmente destinado a ese fin. Papá me explicó que no se podía tener a los muertos en casa por razones de seguridad, pero yo no acababa de entenderlo. En su estado no había peligro de que mamá se escapara, y además ya la habíamos secuestrado una vez, no íbamos a volver a las andadas. Había normas para los vivos, pero también para los muertos; era extraño, pero era así.

Para compartir nuestra pena, papá le pidió al Crápula que cogiera ya sus largas vacaciones, de improviso. Llegó al día siguiente, con el cigarro apagado y la cara pálida. Se arrojó a los brazos de papá y se echó a llorar. Yo nunca había visto sus hombros temblar de aquel modo; lloraba tanto que tenía el bigote lleno de mocos, y los ojos, de un rojo que sobrepasaba el entendimiento. Había venido a compartir nuestra pena y al final se había traído la suya. Mucha pena junta para un mismo sitio, así que, para ahogarla, papá abrió una botella de un líquido tan fuerte que yo no lo habría echado ni al pie del pino para hacerlo caer. Papá me lo dio a oler y se me quemaron todos los pelos de la nariz, pero ellos se pasaron todo el día bebiéndolo a grandes tragos. Y yo, mirándolos beber y hablar y luego beber y cantar. No hablaban más que de recuerdos alegres, reían, y yo reía con ellos, porque no se puede estar triste todo el rato. Luego el Crápula se cayó de su silla como un saco de patatas y papá también se cayó al intentar levantarlo, porque el Crápula era un saco difícil de mover. Se reían a carcajadas andando a cuatro patas, papá intentando agarrarse a la mesa y el Crápula hozando en el suelo como los jabalís, buscando las gafas, que se le habían caído de las orejas en forma de cola de gamba. Yo nunca había visto un espectáculo como aquél y, cuando me levanté para ir a acostarme, pensé que a mamá le habría encantado. Al volverme, vi su fantasma en la oscuridad, sentado en la balaustrada, aplaudiendo y riendo con locura, aunque no acabé de creérmelo.

Durante toda la semana que precedió al entierro, papá me dejaba con el

Crápula durante el día y por las noches venía a velar mi sueño. Se pasaba las horas diurnas encerrado en su despacho escribiendo una nueva novela, y por la noche venía a hacerme compañía. Él no dormía. Se bebía los cócteles directamente de la botella y encendía la pipa para permanecer despierto. No parecía cansado, no parecía triste, parecía concentrado y contento. Silbaba tan mal como siempre, y canturreaba igual de mal, pero, como todo lo que se hace de corazón, era soportable. El Crápula y yo nos entreteníamos como podíamos: íbamos a dar paseos alrededor del lago, competíamos lanzando piedras al agua para ver a quién le rebotaban mejor, él me hablaba con humor de su trabajo en el palacio de Luxemburgo y jugábamos a atacarnos con baba, pero todo era un poco triste, no le poníamos ganas. Los paseos siempre eran demasiado largos, los rebotes demasiado cortos, el humor no hacía reír de verdad, sólo sonreír, y las almendras y las aceitunas caían siempre a un lado o nos daban en la frente y las mejillas, sin divertirnos ni entretenernos. Cuando papá venía a quedarse conmigo por la noche, mascullaba historias, pero no parecía que se las creyera. Y por la mañana, cuando el sol aún no había salido del todo, seguía allí, sentado en la silla, mirándome, con la pipa encendida e iluminando débilmente su mirada, tan peculiar.

Los cementerios españoles no son como los demás. En España, en vez de aplastar a los muertos debajo de una gran losa de piedra y toneladas de tierra, los colocan en enormes cómodas llenas de cajones enormes. En el cementerio del pueblo había hileras de cómodas, y también de pinos para protegerlas del calor del verano. Metían a los muertos en los cajones, así era más sencillo a la hora de ir a verlos. El cura del pueblo acudió a celebrar la ceremonia; fue muy amable y estaba muy elegante con su toga blanca y dorada. En la cabeza tenía un solo mechón de pelo, que se había enrollado alrededor del cráneo para parecer menos viejo. Era un mechón tan largo que le salía del centro de la frente, daba toda la vuelta y acababa metido detrás de una oreja; el Crápula, papá y yo nunca habíamos visto un peinado igual. Los hombres vestidos de traje llegaron con su tristeza profesional en su bonito coche de luto, con mamá metida en su ataúd en la parte de atrás. *Superflua* también había ido, y para la ocasión yo le había cubierto la cabeza con una pañoleta negra de encaje. Estuvo muy formal, con el cuello muy recto y el pico inclinado hacia el suelo. Cuando sacaron a mamá para depositarla ante el sacerdote y su futuro cajón,

se levantó un viento repentino y las ramas de los pinos se pusieron a bailar rozándose unas con otras sobre nuestras cabezas. Luego empezó la ceremonia, el cura rezó en español y nosotros le respondimos en francés. Pero con el viento, el mechón se le soltaba constantemente y volaba en todas direcciones, y él trataba de atraparlo para volver a ponérselo detrás de la oreja, con lo que perdía la concentración. Rezaba, paraba para buscar el mechón en el aire con la mano y seguía rezando con expresión distraída, pero el mechón volvía a volar. Sus oraciones se entrecortaban, su cráneo se ventilaba y ya no se le entendía nada. Papá se inclinó hacia el Crápula y hacia mí para decirnos que su antena de pelo le permitía estar en contacto permanente con Dios y que, con el viento, no conseguía captar el mensaje divino. Entonces ya no fuimos capaces de seguir serios. Papá esbozó una gran sonrisa de satisfacción, porque, para inventar historias así, no había nadie como él. El Crápula se echó a reír y ya no hubo quien lo parara; reía doblándose por la mitad y tomando grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento. Incapaz de resistir aquella ola de risas y alegría, tan poco apropiada para un entierro, yo lo seguí. Al principio el cura nos miró sorprendido, con una mano en la cabeza para sujetar su antena de pelo e interrumpir la comunicación con Dios. No podíamos parar de reír, ya que, cuando empezábamos a calmarnos, nos mirábamos y volvíamos a soltar una carcajada, así que acabamos tapándonos los ojos para ponernos serios de una vez. El cura estaba consternado y nos miraba de un modo extraño, porque evidentemente nunca había visto un entierro como aquél. En el momento de meter a mamá en su cajón, hicimos sonar el disco de *Bojangles*, y aquello sí que fue emocionante. Aquella música era como mamá, triste y alegre a la vez, y *Bojangles* resonaba en los bosques, llenaba todo el cementerio con sus notas de piano, que volaban por los aires y hacían bailar las palabras en el ambiente. Era una canción larga, tan larga que me dio tiempo a ver al fantasma de mamá bailando a lo lejos, en el bosque, y aplaudiendo como antaño. Las personas así nunca mueren del todo, me dije sonriendo. Antes de irnos, papá colocó una placa de mármol blanco en la que había hecho grabar: «A todas las que fuiste, amor y fidelidad eternos.» Y yo no habría añadido nada, porque por una vez era la verdad.

Cuando me desperté al día siguiente, papá ya no estaba en la silla, en el cenicero aún había brasas de su aromático tabaco, y en el aire, el humo de su

pipa, una nube a punto de desvanecerse. En la terraza encontré al Crápula con los ojos apagados y el puro por fin encendido. Me explicó que papá había ido a buscar a mamá, que se había internado en el bosque justo antes de que me levantara, para que no lo viese. El senador me dijo que papá no volvería, que no volvería nunca, pero yo ya lo sabía, me lo había dicho su silla vacía. Entendí mejor por qué estaba contento y concentrado, estaba preparando su partida para unirse a mamá en un largo viaje. La verdad era que no podía reprochárselo, aquella locura también le pertenecía a él, sólo podía existir si eran dos para llevarla. Y yo iba a tener que aprender a vivir sin ellos. Iba a poder responder a una pregunta que me hacía constantemente. ¿Cómo se las arreglan los demás niños para vivir sin mis padres?

Papá había dejado sus cuadernos sobre su escritorio. Dentro estaba toda nuestra vida, como en una novela. Era realmente extraordinario, había escrito sobre cada uno de nuestros momentos, los buenos y los malos, los bailes, las mentiras, las risas, las lágrimas, los viajes, los impuestos, el Crápula, *Doña Superflua* y el jinete prusiano, Burbuja y Sven, el secuestro y la huida, no faltaba nada. Había descrito los atuendos de mamá, sus locos bailes y su pasión por el alcohol, sus enfados y su hermosa sonrisa, sus mejillas redondeadas y sus largas pestañas, que se agitaban alrededor de unos ojos ebrios de alegría. Leyendo su libro, tuve la sensación de vivirlo todo por segunda vez.

Titulé su novela *Esperando a mister Bojangles*, porque siempre estábamos esperándolo, y se la envié a un editor. Me respondió que era divertida y estaba bien escrita, que no tenía ni pies ni cabeza, y que por eso quería publicarla. Así que el libro de mi padre, con sus mentiras a diestra y siniestra, llenó todas las librerías del mundo entero. La gente leía *Bojangles* en la playa, en la cama, en la oficina, en el metro. Pasaban las páginas silbando, lo tenían en la mesilla de noche, bailaban y reían con nosotros, lloraban con mamá, mentían con papá y conmigo, como si mis padres siguieran vivos. Era verdaderamente increíble, porque así suele ser la vida, y está bien que así sea.

11

—*¡Fíjese, Georges, esta ermita está llena de gente que reza por nosotros! — exclamó ella en la nave vacía.*

Luego, trotando por el pasillo central, se anudó el chal alrededor del cuello para convertirlo en la cola de un vestido de novia. Al fondo, la gran vidriera multicolor, atravesada por el sol naciente, difundía una claridad misteriosa en la que el polvo giraba en un vals intemporal, un remolino que flotaba sobre el altar.

—*¡Juro ante Dios Todopoderoso que todas las mujeres que soy lo amarán eternamente! —salmodió con mi barbilla entre las manos para hipnotizar mejor mis hechizados ojos con su mirada verde claro.*

—*Prometo ante el Espíritu Santo amar y proteger día y noche a todas las mujeres que será y acompañarla toda su vida allá donde vaya —respondí posando mis manos en sus redondeadas mejillas, suavizadas por una sonrisa llena de dulzura.*

—*¿Jura ante los ángeles que me seguirá a todas partes, pero a todas, todas?*

—*¡Sí, a todas, todas!*

Esperando a mister Bojangles

Olivier Bourdeaut

ISBN edición en papel: 978-84-9838-778-0

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-69-9

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *En attendant Bojangles*

Traducción del francés: José Antonio Soriano Marco

Ilustración de la cubierta: *123RF / Valeriy Kachaev*

Copyright © *Éditions Finitude*, 2015

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info